DE LOS

Congresos Católicos

EN NUESTRA ÉPOCA.

DE LOS

CONGRESOS CATÓLICOS

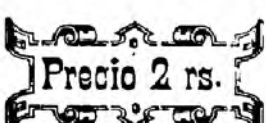
EN NUESTRA ÉPOCA.

ARTÍCULOS PUBLICADOS

EN LA REVISTA MENSUAL

El Criterio Tridentino.

CON APROBACIÓN ECLESIÁSTICA.



ASTORGA:
IMP. Y LIB. DE LA VIUDA É HIJO DE LÓPEZ.

1892.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE FOLLETO.

PÁGINAS.

I.—Introducción.—Ojeada histórica del movimiento católico en el presente siglo.—Pío IX y León XIII..... 7

II.—Estado actual del mundo.—Causas del abatimiento é inercia de los católicos.—Resurrección del espíritu católico.—Esperanzas.—Qué son los Congresos católicos.—Secciones.—Sesiones públicas..... 17

III.—Origen de los Congresos católicos modernos.—El primer Congreso católico general é internacional.—Ventajas y trascendencia de los Congresos de Malinas.—Hombres ilustres que á ellos Acudieron..... 31

IV.—Censuras desvanecidas.—Carácter y fines de los Congresos católicos.—Resultados prácticos de los primeros.—De los de Malinas en Bélgica.—De los de Alemania.... 45

V.—De las secciones: su laboriosidad y frutos.—Observaciones del Sr. Arzobispo de Sevilla.—Organización diferente, según los países.—Preponderancia de los Prelados

en los Congresos católicos de España.—Su carácter especial.—Cuestiones acerca de la santificación del Domingo y del problema social en los Congresos de Malinas.... 59

VI.—Variedad de asuntos en que se han ocupado las secciones de los Congresos católicos.—Actividad extraordinaria é importancia del primer Congreso de Madrid y del segundo celebrado en Zaragoza.—Estudios científico-sociales.—Temas histórico-arqueológicos para el de Sevilla y otros de Filología, Filosofía y Sociología.—Congresos científicos..... 75

VII.—Resumen.—Paralelo entre los Congresos católicos de España y los de Alemania y Bélgica.—Término de las divisiones entre los católicos: *Reglas prácticas* dadas por los Sres. Obispos en el Congreso de Zaragoza.—Perfeccionamiento posible en nuestros Congresos.—Necesidad de una Junta superior permanente, activa, inteligente y organizadora.—El asunto más trascendental: formación de un centro verdaderamente católico en ambas Cámaras: deber de intervenir todos los católicos en las elecciones.—Conclusión..... 91

ADVERTENCIA.

Habiendo excitado la curiosidad de muchas personas ilustradas la série de artículos publicados en la Revista El Criterio Tridentino, de esta Ciudad, redactada como es sabido por Profesores del Seminario Conciliar y otros notables colaboradores; para satisfacer sus deseos y los de gran parte del Clero, hemos creido oportunísimo coleccionarlos, y darlos en forma de folleto ú opúsculo, esperando que nos lo habrán de agradecer, contribuyendo, por otra parte, á fomentar la nobilísima empresa de los Congresos católicos en España.

Sentimos que el autor de estos interesantes artículos, se empeñe en conservar el pseudónimo de *Silvio*, privándonos de la satisfacción que tendríamos en darle á conocer á nuestros lectores por su verdadero nombre, seguros de que acrecentaría el mérito de su publicación.

La Redacción.

I

INTRODUCCIÓN.—OJEADA HISTÓRICA DEL MOVIMIENTO CATÓLICO EN EL PRESENTE SIGLO.—PÍO IX Y LEÓN XIII.

Bien podemos afirmar como hecho innegable, que el espíritu católico vése en nuestra época cobrar nuevos bríos, produciendo su poderoso impulso una especie de renacimiento en la vida católica. Lo mismo para España que para otras naciones aparece este fenómeno tan visible, que no vacilamos en añadir que resultará para la Historia de la Iglesia como otra señal característica del último tercio de nuestro siglo.

Si nos trasladamos á principios de este tan ponderado siglo XIX y tan diversamente juzgado, ¿quién pudo prever ese renacimiento, esa especie de resurrección á nueva vida que en los espíritus católicos vemos producirse en nuestros días?

Reflexionemos por un momento sobre el estado político-religioso de aquella época y nos

convenceremos de las dificultades que se ofrecían al hombre observador para predecir tiempos mejores. Por un lado el poderío y la hostilidad directa de la iglesia anglicana al Papado; el fuerte empuje y la invasión general en Europa del enciclopedismo francés, animado siempre por el espíritu revolucionario radicalmente hostil al cristianismo; el predominio de las sectas protestantes y de los varios sistemas filosófico hegelianos en Alemania, el endiosamiento, puede decirse, del cesarismo cismático en el vastísimo imperio de las Rusias; y por otro lado descúbrese un cierto abatimiento, casi general, en los espíritus católicos de las diversas naciones de España, Portugal y de América, Bélgica, Francia, Italia, Austria y otros puntos de Europa, en donde se vió penetrar con fuerza avasalladora al liberalismo moderno en la variedad de todas sus formas y matices, dominar en los Gobiernos el espíritu de indiferencia y de emancipación, que los condujo bien pronto á la negación ó frialdad en punto á la obediencia debida á la Iglesia y á la sumisión á las enseñanzas del Pontificado. Tal conjunto de hechos y circunstancias no daban ciertamente lugar á predecir, mucho menos esperar, un porvenir lisonjero para los intereses del catolicismo, durante el presente siglo.

Pero esa miopía del hombre nos eleva al reconocimiento de una verdad eterna y siempre provechosa, es á saber, que sólo Dios puede leer claramente en el porvenir de los tiempos. Aparece además, como otra verdad inconcusa, fundada

en la ley de la historia: que el Dios y Señor de las ciencias suele destruir con frecuencia todos los cálculos y planes mejor fundados de la ciencia y de la política humana; y he aquí por qué la obra de la Iglesia y del Pontificado vuelve á reaparecer floreciente en nuestra época contra toda esperanza y todo cálculo político.

Y vemos quedó burlado el orgulloso vaticinio que pocos años antes de la Revolución francesa, hiciera el impío cuanto impúdico Voltaire, prediciendo á la juventud de su tiempo aquella dicha, por él tan suspirada, de que las generaciones modernas se verían libres del yugo de Cristo y de su Iglesia. También desde principios ó mitad del presente siglo resultaron vanos y utópicos todos los juicios de la tan celebrada filosofía germánica, que anunciara á los pueblos el reinado incondicional y absoluto de un racionalismo, enemigos de toda Religión y toda creencia sobrenatural, que se creyó prepotente en toda la Europa sabia; y vemos, por fin, igualmente frustrados todos los afanes y vaticinios de los olvidados sansimonianos, proudhonianos y otras mil sectas político-religiosas, solicales ó socialistas, que predijeron para el cristianismo una transformación tan grande, que llegaría hasta el punto de perder su carácter divino y su espíritu esencialmente apostólico.

Verdad es que esa profunda agitación operada en los espíritus, á consecuencia de la multitud y variedad de tantos sistemas, hubo de llevar dolorosamente á hombres de grande inteligencia por las corrientes de la duda religiosa y del escepti-

cismo filosófico. Y todavía es más sensible tener que reconocer la invasión y el predominio de tal indiferentismo religioso en los gobiernos, en las clases que se titularon ilustradas y aun en las clases inferiores que ya á nadie hoy se oculta, fueron políticamente extraviadas y explotadas por innumerables promesas é ideales acerca de un nuevo porvenir y bienestar social, que les aseguraría una felicidad siempre soñada y jamás conseguida.

De estas y otras causas resultaron para nuestro siglo dos hechos, entre otros, principales: una gran confusión de ideas, una verdadera crisis en el pensamiento humano que bien podemos apellidar caótica, y una inmensa propagación de la indiferencia religiosa; hechos que trajeron, en pos de sí, ese reinado casi general del desorden político religioso y del más triste sensualismo en la vida de los pueblos, con un acrecentamiento de incredulidad, de inmoralidades y de criminalidad que, después de llenar de espanto á nuestros padres, ha llegado á aterrarnos á nosotros mismos.

Las grandes catástrofes, no obstante, nunca pudieron destruir por completo los frutos de la civilización católica; y aun de ese diluvio de males, que, con justicia, llorarémos, y al peso de cuyas consecuencias gemimos, resultan hechos consoladores para el crítico observador que sabe aprovechar con atenta mirada las lecciones de la historia. Del examen de los períodos más críticos de persecución religiosa y guerra á la Iglesia de Jesucristo, se infieren dulces é

importantísimas verdades. Resulta siempre cierto, lo que, en caracteres de oro, aparece escrito en los libros Sagrados: que los justos siempre prevalecerán: que los impíos siempre quedarán burlados: que la humildad será exaltada y la soberbia abatida: que nunca perecerán en el mundo la verdad y la justicia: que el pecado hace á los pueblos miserables: que las impurezas y delitos humanos jamás quedan impunes, ó como expresa el dicho francés: *que el viejo buen Dios nunca muere:* y en fin, que las naciones, por maleadas y pervertidas que se consideren, serán siempre susceptibles de corrección, de mejoramiento, de remedio y de resurrección á nueva vida: *nationes sunt sanabiles ac docibiles.*

Resulta siempre comprobado que el espíritu y la verdad del cristianismo no perecerán nunca, y que los vientos del infierno, por más huracanados que se desencadenen, jamás podrán derribar el edificio de la Iglesia católica: la roca de Pedro permanecerá siempre inconmovible.

Resulta evidenciado que los suspiros, gemidos y el llanto de las almas santas; que las fervientes oraciones de los hombres justos nunca se elevaron en balde al cielo, dando fuertes aldabazos en las puertas del corazón de Dios, siempre misericordioso.

Infiérese claramente que la multiplicación de los actos de heroísmo, de abnegación, de sacrificio, de fidelidad y constancia de millares de cristianos sosteniéndose firmes en los caminos

del Señor y en el exacto cumplimiento de los sagrados deberes que nos impone su ley santa, jamás quedaron sin centuplicada recompensa.

Pero sobre todo resulta evidentísimo el beneficio de la expiación, como ya observaron, en unión de los Stos. Padres, el gran De Maistre y Deschamps, esto es, que el riego de la sangre de los mártires ha sido siempre benéfico y fecundante en virtudes en este miserable mundo, y que los millares de víctimas que tan gloriosamente sucumbieron en los múltiples cadalsos que levantara la impía Revolución francesa, en nombre de una mentida libertad, que nunca dió para las sociedades frutos de bendición, de honor ni de gracia; en nombre de una igualdad que resultó siempre sarcástica; y en el de una fraternidad que lleva por símbolo la guillotina; no pudieron menos de alcanzarnos clemencia ante el trono de las divinas misericordias.

Que la sangre pura é inocente de tantos millares de víctimas que vinieron después á ser igualmente sacrificadas por amor á la Religión y á la Patria, en medio de las guerras napoleónicas, y también en épocas tan nefastas como las de 1820, 35 y 68 en nuestra España, y las de 1848 y 70 en Francia é Italia, tampoco pudieron menos de aplacar la divina justicia por tantos crímenes ofendida; recabando, al fin, para los hombres y las naciones el beneficio grande de los desengaños, el beneficio mayor aún de haber reaparecido bri-

llantísima, en medio de las modernas sociedades, la única verdadera luz del cristianismo, despejando sus horizontes de las nebulosidades é ilusiones de una ciencia siempre vana y de una política siempre falaz, masónica y prevenida contra las verdades, enseñanzas y preceptos de la Iglesia.

Y merced á ésas ilustres víctimas y á ese sin número de actos de virtud y de heroísmo, somos de parecer, que debemos al cielo clemente esa vuelta de tantos hombres de nuestro siglo al amor de la santa Fé y de la pureza de la moral católica, ese anhelo que se pronuncia por la reaparición de las tradiciones y bellezas de la piedad cristiana, y, por último, ese feliz renacimiento del espíritu y de la actividad de los católicos de todo el orbe, que venimos presenciando con asombro, y del cual nos consideramos á la vez testigos, actores ó cooperadores.

Y fuerza es notar que dos Papas, que dejarán indudablemente en la historia de la Iglesia páginas brillantes y recuerdos de inmortalidad, deben ser considerados como principales agentes ó promovedores de ese movimiento católico social de nuestra época, que en todos los terrenos de la actividad humana se nos ofrece grandemente regenerador y poderoso.

Uno es el gran Pío IX, de gloriosa y santa memoria, á quien osamos proclamar el gran Pontífice del *Syllabus* y de las intransigencias contra to-

dos los errores modernos; el Papa de la Infalibilidad y del gran Concilio Vaticano; el Papa de las grandes simpatías ante las muchedumbres cristianas; el Papa predilecto de la Inmaculada, del Corazón de Jesús y de las almas puras; el Papa de los grandes desengaños, blanco y objetivo de los grandes odios políticos; el Papa ilustre, en fin, el Papa del enérgico *Non possumus*, que viene á significar de las grandes resistencias á todas las arbitrariedades del poder humano y á todas las falacias de la diplomacia contemporánea.

Pío IX, ese Papa inmortal, de quien dijo Lacordaire haber corrido el riesgo de ser el Luís XVI del Pontificado, debemos convenir en que fué el verdadero iniciador, y merced á su largo Pontificado, puede también afirmarse que fué el verdadero organizador de ese despertamiento del espíritu católico que alborozados contemplamos en nuestra época. A Él se debe ese movimiento católico de las sociedades modernas por haber creado los Círculos de la Juventud católica y los Centros católicos en todas las partes del orbe. Gracias á su familiar contacto con las muchedumbres de peregrinos que fueron á Roma para ofrecerle el testimonio de su fe, de su amor y obediencia á las enseñanzas de la Iglesia, débese á Él principalmente ese renacimiento de la vida cristiana y ese regreso entusiasta de los pueblos al reconocimiento de la autoridad Pontificia.

Sin tener en cuenta estos precedentes, no hallarían explicación cumplida, ó harto satisfactoria, los Congresos católicos de nuestra época, ni

tantos otros hechos sorprendentes que aparecen á nuestra vista, y que indudablemente constituirán otra de las páginas más hermosas del no menos glorioso Pontificado del actual Papa reinante, el sapientísimo León XIII: el Papa de las grandes ideas, el Papa de las luminosas Encíclicas, el Papa de las clases obreras, el hábil sostenedor de la más alta política cristiana; hasta podríamos añadir el gran Árbitro y fiel intérprete en las más difíciles cuestiones del derecho público y de los conflictos internacionales.

No llevamos intento de estudiar á León XIII, bajo los diversos aspectos á que se presta su majestuosa figura en el terreno religioso, literario y político; nuestro propósito se limitará tan sólo á hacer algunas observaciones sobre la importancia é inmensa trascendencia que tiene para el Catolicismo, una de sus obras más predilectas, á saber, la de los Congresos católicos modernos, que si no puede decirse que los ha creado, bien puede afirmarse que á Él se debe su presente organización y maravilloso impulso.

II

ESTADO ACTUAL DEL MUNDO.—CAUSAS DEL ABATIMIENTO É INERCIA DE LOS CATÓLICOS.—RESURRECCIÓN DEL ESPÍRITU CATÓLICO.—ESPERANZAS.—QUÉ SON LOS CONGRESOS CATÓLICOS.—SECCIONES.—SESIONES PÚBLICAS.

No se crea que al encarecer la importancia de los Congresos católicos modernos, y al celebrar el vigoroso florecimiento de la vida católica en nuestra época, cerramos los ojos para no ver el cúmulo de males que nos circuyen, la triste situación en que se halla la Iglesia, pugnando con la acción adversa y hostilizadora de los Gobiernos de casi todas las naciones, incluso las que, todavia por tradición, gozan del título de católicas. Nosotros somos de opinión que, aun defendiendo la mejor de las causas, conviene sustraerse á las ilusiones y optimismos de toda especie.

Para que los juicios resulten exactos, fuerza es que el observador se coloque en el terreno de la realidad, y estudie los hechos con mirada serena y sin preocupaciones de ningún género. Y la

verdad es que, por desgracia de los intereses católicos, y de las mismas sociedades modernas, estamos todavía muy lejos de poder entonar himnos de triunfo. La realidad que se ofrece á nuestra vista es un estado de oposición, de indiferencia y de hipocresía en general, respecto de todas las naciones oficialmente consideradas; de suerte que la Iglesia aparece delante de los gobiernos más bien como una institución tolerada que no protegida. Lo mismo en las Monarquías que en las Repúblicas, prevalece ese conjunto de errores que se conoce con el nombre de *liberalismo*, y que tan justamente fué condenado en el célebre *Syllabus* del inmortal Pío IX.

En los Gobiernos de las diferentes naciones continúa preponderante el influjo de las ideas revolucionarias y de las sectas masónicas; y si bien es cierto que algunos hombres eminentes de Estado han rectificado sus juicios y hasta adoptado sistemas menos radicales, menos utópicos y por tanto más conformes con la recta apreciación de los hechos de la historia contemporánea, y aun del buen sentido político, ello es que no se presenta todavía un Gobierno decididamente católico, asaz valeroso para declarar, ante la faz del mundo, que reconoce la Divinidad de Jesucristo y la bondad absoluta de sus santas enseñanzas, mostrándose resuelto á defender á todo trance los derechos de la Iglesia, de la Sta. Sede y de la conciencia y libertad cristianas.

Esa actitud hostil ó vacilante, indiferentista ó

atea, más que creyente y protectora de los derechos é intereses católicos ha producido, y continúa produciendo, ese estado de extravío en las ideas, de desmoralización en los individuos, de insubordinación y anarquía en los pueblos tan lamentado hoy día por todos, y mirado como la causa eficiente de la desorganización social y como el peligro inminente de una crisis aterradora.

Tampoco podemos desconocer que el estado de la enseñanza en general y el periodismo, que más prevalece, deben reputarse fuente perenne de confusión, de escepticismo, de irreligiosidad y aun osaríamos decir de inmoralidad y de embrutecimiento. El libro de texto muchas veces, el arte, la poesía, el drama, la novela, todo se resiente de la falta de sentimientos católicos, de ideas sanas, morales y verdaderamente estéticas.

Pues bien por lo mismo que las sociedades modernas, estudiadas desde el punto de vista católico, analizadas ó apreciadas según criterio cristiano, andan mal gobernadas, sintiéndose los pueblos oprimidos, y extraviados, por los tristes efectos de ese sensualismo preponderante y de una propaganda antirreligiosa libremente tolerada ó protegida, nosotros no nos cansaremos de celebrar el maravilloso despertamiento del espíritu católico y el vigoroso empuje que ostenta en esos modernos Congresos, bendecidos por la Iglesia, dirigidos por los Prelados, sostenidos y auxiliados por entendimientos ilustres, por todos los hombres de recta conciencia y de buena volun-

tad, y alentados sobre todo por los Papas con perseverancia incansable.

Antes de ahora todo el mundo extrañaba la inercia de los católicos, censurándolos por sus lamentaciones estériles y por su falta de energía y de actividad religiosa. Como ha dicho recientemente M. Woeste en la última sesión del Congreso de Malinas al echar nna ojeada sobre el pasado, «los católicos vivían en la ociosidad. No tenían obras de propaganda, ni prensa, ni obras políticas ni sociales; no atraían á la juventud.—Se nos decía: no teneis el país con vosotros; teníamos á la población rural; pero los liberales dominaban en la Magistratura, en el ejército, en todas las profesiones.—Los Congresos han tenido el mérito de poner fin á este orden de cosas. Han sacudido á los católicos, sacándolos de su sopor, han creado entre ellos obras de todos géneros; han atraído la juventud que ha aportado el tributo de sus valientes esfuerzos.—La obra comenzada en 1863 está en camino de terminar. Hay aun obstáculos; pero desaparecerán al contacto de esta llama que inflama á los católicos; hay que solicitar aun algunas reivindicaciones; es preciso también desarrollar la cultura intelectual y artística de los católicos. El camino está trazado; basta marchar para conseguir el fin.» (1)

Compréndese perfectamente que los católicos después de la revolución francesa, de la avasa-

(1) *Movimiento Católico*, 18 de Septiembre. Congreso católico de Malinas.

lladora invasión de sus ideas y principios perturbadores y de su poder destructor; ante la ferocidad de sus blasfemias, de sus osadías, profanaciones y sacrílegos atentados; sintiéranse como amilanados y aturdidos; y que en el rincón de sus hogares buscasen refugio, guardando cuidadosamente el depósito de sus creencias y el fuego sagrado de su amor á Jesucristo. Su vida católica era más bien privada que pública; y si se exceptúa su asistencia al templo y su participación en algunas asociaciones de devoción y caridad, puede afirmarse que no conocían la vida colectiva, la vida de defensa ó resistencia; en una palabra, no habían alcanzado la organización de su actividad para constituirse en un poder verdaderamente social.

Acostumbrados, por otra parte como se hallaban en los países católicos constituidos tradicionalmente, á recibirlo todo de la protección de las leyes y del poder Real, fiaban siempre la esperanza de mejores tiempos á los cambios políticos. Para ellos, Altar y Trono eran como sinónimos; eran como alma y cuerpo; no concebían posible su divorcio, su enemistad y mucho menos la guerra, y á duras penas creían que pudiera vivir en armonía con la Iglesia otra forma de Gobierno que la simbolizada por el Trono. Pero sucedió que los tiempos no cambiaron en el sentido de sus deseos y de sus ideales; que muchos Reyes se pervirtieron, se descristianizaron, ó cubrieron con el manto de la religión su escepticismo, sus ideas volterianas, sus debilidades ó sus

vicios; derrumbáronse seculares tronos; sufriéronse desengaños sin cuento; mil nobles tentativas de pechos valerosos y católicos resultaron impotentes ó frustradas; á los grandes esfuerzos baldíos siguió la postración, el retraimiento. Pero las amargas lecciones de la experiencia hicieron ver que nada hay tan funesto para los intereses de la religión como la inacción y el retraimiento: fué entonces cuando se reconoció la necesidad de moverse, de organizarse, de luchar dentro del actual orden de cosas, de no dar paz á la mano hasta reivindicar los sagrados derechos de la Iglesia.

Hoy es máxima reconocida por todos que ningún resultado favorable se alcanza sin preparación, sin organización de fuerzas, sin actividad perseverante y sin permanente lucha. El mejoramiento y bienestar, la perversión ó desdicha de una época, suelen depender siempre de la buena ó mala dirección de los entendimientos, de la verdad ó error de las ideas, y sobre todo de los sentimientos religiosos ó pervertidos y de la buena ó mala voluntad de los hombres que precedieron, pues según el profundo dicho de Leibnitz, lo presente es producto de lo pasado y lleva en su seno el porvenir. Las ideas de una época son las que le dan colorido y fisonomía, y sus hechos los que constituyen su historia, por más que Dios sea siempre quien dirige los acontecimientos. Hoy los católicos han llegado á convencerse del poder de su energía y de la necesidad de reconquistar para ellos la libertad humana.

La idea de los Congresos católicos modernos

ha surgido providencialmente en nuestra época; y los Papas que ven con más claridad que nadie la verdadera situación del catolicismo en el mundo, y las tendencias encontradas de la moderna civilización, las de los poderes políticos y los intereses todos, morales, religiosos y sociales, no solo bendicen, sino que excitan y promueven semejantes asambleas, recomendando la unión de todos los católicos, una vasta organización de su actividad, esa especie de asociación universal cuyo resultado habrá de ser la extensión y triunfo de su fe, el reconocimiento de sus derechos por parte de los poderes civiles, la reivindicación de los derechos del Pontificado, la reconciliación con la Iglesia y la salvación ó mejoramiento de las modernas sociedades.

Para que la apreciación de la realidad resulte más exacta y completa, conviene recordar aquí los hechos que suelen citarse como síntomas de halagüeñas esperanzas para el porvenir de la iglesia. No debemos pasar por alto las conquistas alcanzadas por el inteligente y valeroso Centro católico alemán; el providencial retorno de la protestante Inglaterra al seno del catolicismo las admirables conversiones de los Profesores de Oxford Newman, Faber, Manning y otros esclarecidos ingenios; las realizadas á millares en los miembros de la Iglesia anglicana, en los de la aristocracia y de las Cámaras, en los hombres de ciencias y de letras y en las masas populares. Dignos igualmente de atención y encarecimiento son la firmeza

y perseverante esfuerzo de la católica Irlanda desde O'Connell y de la heróica Polonia tan cruelmente perseguidas.

Grandes son y dignos de notarse los trabajos, las empresas católicas y multitud de hechos nobilísimos del Episcopado francés y de los hombres de fe, continuadores y amantes de las gloriosas tradiciones de la nación, que mereció un día el renombre de cristianísima. Sorprende y cautiva la cristiana constancia de los católicos belgas, que han logrado, puede decirse, dominar por completo la dirección y gobierno de aquel país, por más de un título glorioso y singularmente por su amor y adhesión á la Sta. Sede. La resurrección del espíritu católico en Suiza tan trabajada por el calvinismo y volterianismo; en Austria-Hungría y en otros puntos de Europa; y aun si se quiere podemos consignar ese movimiento que se augura, de la iglesia Cismática-griega, tendiendo á buscar la reconciliación y unidad con el Pontificado, que en mal hora fué destruida por el Patriarca Focio.

Pueden además añadirse á estos hechos ó síntomas consoladores la extensión del Catolicismo en la vastedad de los Estados Unidos; y la aparición en el Sud América de Repúblicas tan católicas como la del Ecuador, santificada por la sangre de un mártir, á la vez gran hombre de Estado, García Moreno, y la de la Nueva Colombia; y por último la rápida y dilatada acción civilizadora de las Misiones en todos los continentes é islas del mundo habitado.

Todos estos hechos y otros varios, que no se ocultarán á las miradas de hombres ilustrados y observadores, revelan que si grandes son los males que lamentamos, no dejan de existir motivos para halagüeñas esperanzas en favor de la Iglesia y de una regeneración católica esplendente.

Creemos á los Congresos católicos principalmente destinados á fomentar y proteger esa regeneración suspirada. Porque un Congreso católico vale tanto como decir una gran asamblea ó reunión de hombres de clara inteligencia y de buena voluntad, que se proponen estudiar las necesidades religiosas sociales de cada nación para aplicarles los convenientes remedios. Allí estúdianse los errores contemporáneos dominantes, y las causas todas que impiden la vida católica ó tienden á dificultarla, poniendo obstáculos á su acción libérrima: en un Congreso católico se hace recuento de todas las fuerzas existentes en un país para llevar á cabo la grande empresa de la restauración cristiana en todas las esferas, en toda la extensión y ramificaciones á que alcanzar debe la influencia del espíritu católico.

En los Congresos ó asambleas de que hablamos, se pasa revista al estado en que se encuentran las obras de caridad, las de piedad ó devoción, las de enseñanza, las de propagación de la fe, las referentes al Culto y al arte cristiano: Examínase la situación de los católicos desde el punto de vista legal ó político-social inquiriéndose cuáles son las leyes, para describir sus de-

ficiencias ó el espíritu revolucionario ó antirreligioso que entrañar pueden: propónense los medios adecuados para atenuar sus rigores ó injusticias, y los proyectos de modificación ó derogación de las que se consideran de todo punto hostiles á la Iglesia y á la libertad de los católicos.

En un Congreso católico examínase el estado de la prensa irreligiosa y de la cristiana, los planes de enseñanza, la legislación civil en materia de matrimonios y enterramientos, los obstáculos que impiden la publicidad del culto y de las manifestaciones ó peregrinaciones católicas. Allí se averigua cuál es el estado de las asociaciones catequísticas, de las de enseñanza y de educación de los Círculos de la juventud cristiana, de de los Obreros católicos y de mil otras obras que sería prolijo enumerar. Por eso ha sido preciso que los trabajos y tareas que toman sobre sí los Congresos católicos, se distribuyan en secciones varias. Secciones que, en general, se han modelado según la división adoptada principalmente por los celebrados Congresos de Malinas en 1863 y siguientes: ó sea sección de obras religiosas, de obras de caridad, de instrucción y educación cristiana, del Arte cristiano, de libertad religiosa, publicaciones y asociaciones católicas etc., salvo en los Congresos que tienen un objeto especial, como los católicos científicos internacionales de París y otros, en donde el carácter de sus trabajos ha hecho necesario otra división ó el aumento de secciones.

A estas secciones de los Congresos corresponde, puede decirse, la parte más laboriosa y práctica de los mismos; los Sacerdotes, al igual de los seglares más distinguidos, aportan á ellas el tesoro de su saber, de su experiencia, de su celo y de su abnegación. En estas secciones es donde mejor se exponen los males que aquejan al pueblo católico, y se señalan los medios más conducentes á ponerles remedio. Allí se discuten, con serenidad, los proyectos y medidas oportunas, tomándose los acuerdos, ó formulándose las conclusiones más importantes. Y no hay que temer, presidiendo los Prelados, ni desaciertos, ni cismas, ni divisiones graves, ni conflictos.

Pero existe un concurso inmenso, ávido de escuchar elocuentes discursos y sentir grandes emociones; y para darles contentamiento, avivar su fe y encenderlos en entusiasmo religioso se ha hecho preciso que los Congresos católicos celebrasen grandes sesiones generales y públicas, revistiéndolas de la mayor solemnidad posible. En estas sesiones es donde más se caldea el sentimiento católico; en ellas los más insignes oradores ocupan la tribuna, haciendo gala de ingenio, de su ciencia y erudición, de su grandilocuencia y de cuantas dotes recibieron de Dios, para emplearlas en su servicio.

Nadie que no haya concurrido á semejantes sesiones puede formarse idea del mágico efecto que producen en la muchedumbre de los concurrentes. La presidencia ocupada por

Cardenales, en unión de los Prelados, les impresiona fuertemente; el arte que se despliega en el adorno de los Templos ó sitios en donde se celebran tales sesiones públicas á todos seduce y eleva á sublimes consideraciones; la gravedad de los cánticos religiosos ó de la música sagrada, los repetidos aplausos que de la alborozada multitud arrancan los oradores con sus luminosas ideas, sus frases y dichos felices, ó con la elevación de sus pensamientos y de sus oportunas alusiones, llenan á todos de fervor y santo entusiasmo por la Religión, y el Pontificado; allí estrechados todos los concurrentes por los vínculos de una misma fe y de un mismo amor, siéntense conmovidos como por corrientes eléctricas, prorrumpiendo en aclamaciones las más entusiastas en favor del Papa, de los Obispos, de la Santa Iglesia, de cuantos objetos consideran dignos de adoración en el seno del catolicismo.

Dignas de aplauso son tales reuniones públicas por las emociones imperecederas que dejan en el ánimo de todos los concurrentes, y que luego al despedirse corren éstos á comunicar velozmente á todos los pueblos, llenándolos de igual entusiasmo y amor á Jesucristo y á su Iglesia. Esa trasmisión de sentimientos no puede menos de ser provechosa al movimiento católico que los Congresos se han propuesto excitar y extender por todo el orbe.

Empezaron los Congresos por ser nacionales y bien pronto se comprendió la necesidad de intentar Congresos internacionales, toda vez que

el espíritu cristiano no permite horizontes limitados, ni lugares ó espacios estrechos y reducidos; á la par de la palabra evangélica aspira á espaciarse por todo el mundo, y no puede contentarse con menos que con la salvación del género humano, y la regeneración de todas las sociedades.

III

ORIGEN DE LOS CONGRESOS CATÓLICOS MODERNOS.—EL PRIMER CONGRESO CATÓLICO GENERAL Ó INTERNACIONAL.—VENTAJAS Y TRASCENDENCIA DE LOS CONGRESOS DE MALINAS.—HOMBRES ILUSTRES QUE Á ELLOS ACUDIERON.

Alguna vez nos hemos preguntado, qué nación tuvo el privilegio de iniciar ese vigoroso renacimiento de la vida católica en nuestra época, y en dónde tuvieron comienzo estos memorables Congresos católicos, destinados, con el favor de Dios, á producir en nuestros tiempos una gloriosa restauración de la cristiandad, semejante á la de los siglos medios. Porque en nuestro sentir debe reputarse gran dicha y digna de eterno renombre la empresa de esas bienhechoras asambleas de los católicos; así como también digna por muchos títulos de aplauso la nación por la Providencia escogida para iniciarlas.

De los datos que hemos podido proporcionarnos, resulta que tal honor debe tributarse á los valientes católicos de la nación alemana, predestinada quizás á dar á la Iglesia y al Pontificado

días de gloria y de consuelo, en reparación de los grandes males que causara al catolicismo con la multitud de herejías y desastres que produjo la mal llamada reforma de Lutero, y con los innumerables errores de sus filósofos, que tantos entendimientos extraviaron y tan trascendentales como funestos efectos han producido á la moderna sociedad, por lo mucho que se esparcieron y privaron, singularmente, en los grandes centros de enseñanza.

En el año de 1848 los católicos alemanes acordaron celebrar una asamblea general de todas las asociaciones de caridad, de enseñanza y demás obras católicas que existían en los diferentes estados de la Confederación. Estas asambleas generales fueron reproduciéndose anualmente en las principales ciudades de Alemania, estrechando los vínculos de su unión, multiplicando el número de sus miembros, perfeccionando su organización y ensanchando el círculo de su acción católica y civilizadora.

La vasta asociación católica de Suiza *Piusverein* solicitó unirse á ese Centro de fuerzas católicas de Alemania, contribuyendo á dar mayor importancia y celebridad á la reunión que se verificó en *Aix la Chapelle* en 1862 y que fué la décima cuarta asamblea de los católicos alemanes y suizos. Al año siguiente tuvo lugar el célebre Congreso católico de Trento, en conmemoración del tercer centenario del glorioso Concilio de su nombre; y pocos meses después la celebración del primer Congreso católico de Malinas. De esta fecha

data la multiplicación de los Congresos católicos en las demás naciones de Italia, Francia, España, Portugal y otras.

En el Congreso de Malinas, celebrado en Agosto de 1863, Mr. Lingens expresaba que á consecuencia de los acontecimientos de 1848 en Alemania, los católicos habían tomado la resolución de estrechar más y más sus vínculos entre los que vivían en las ciudades y los que moraban en las aldeas. Formáronse multitud de asociaciones católicas populares, todas las que se pusieron bajo el patronato del inmortal Pío IX, encontrando por vez primera, después de la Reforma, el sentimiento de la unidad y de la fuerza que habían perdido. Después de múltiples reuniones ó Congresos nacionales, que dieron orígen al celebérrimo Centro católico alemán, que tanto influyó más tarde en las elecciones y en el Parlamento de Berlín, aspiraron á extender su influencia por el mundo católico.

Al dirigir Mr. Adolphe Dechamps, Ministro de Estado de Bélgica, un brindis á los católicos extranjeros concurrentes al citado Congreso, decía: «La Alemania nos ha enviado sus hombres más distinguidos y sus mejores atletas: el Conde de Stolberg, Mr. Reichensperger y el doctor Lingens. No debemos olvidar que esa Alemania ha sido la primera en fundar los Congresos católicos, destinados á dar la vuelta al mundo.»

Mr. Ducpetiaux, Secretario general de aquel Congreso, dotado de un genio eminentemente or-

ganizador, al responder al brindis ó saludo de Mons. Nardi, hacía constar lo siguiente: «propóngome recordar aquí la memoria venerada del Profesor Mœller, al cual debemos la primera idea de esta asamblea imponente. Algunos días antes de su muerte en una expansión íntima que tuvo con dos de sus amigos, decidióse la reunión de una Asamblea general católica en Bélgica, que debía celebrarse, según él decía, aun cuando no fuesen mas que tres, cinco ó diez individuos los concurrentes. Estos tres amigos son Mr. Mœller, Mr. Dumortier y yo, vuestro humilde servidor.— Esta idea tan humildemente concebida y felizmente realizada, no debe reputarse nuestra, debe atribuirse á la Providencia, á Dios que quiso inspirarla. Abrigo la convicción de que nuestro digno amigo nos escucha desde el cielo en este momento, y que su corazón late al unísono con nuestros corazones. Alimento la esperanza de que nosotros algún día nos reuniremos con ese amigo en el cielo, si mientras vivimos en esta tierra, nos hacemos dignos de alcanzar este premio.»

Mœller fué insigne profesor de la Universidad de Lovaina: alemán por nacimiento y belga por naturalización, en vista de la notable concurrencia de algunos católicos de este país al Congreso alemán de Aix la Chapelle, concibió, como hemos visto, el plan de los Congresos generales ó internacionales. Y si escogió á Bélgica para la celebración del primero, fué por considerar ese hermoso católico país como el punto más céntrico de Europa y al propio tiempo el más natural. Si-

tuado entre Alemania, Francia y la Inglaterra, y en comunicación fácil con todos los países por tierra y mar, pensó que los católicos de varias naciones podían darse cita en cualquiera de sus importantes ciudades; y aún creyó que sus instituciones políticas eran las más adecuadas á la realización de su bello ideal. Dios quiso llevarle hacia sí, antes de verlo cumplido, pero sus amigos, más afortunados, pudieron verlo realizado asistiendo á los Congresos de Malinas de 1863 y 1864 que, sin cuestión, fueron memorabilísimos por los hombres eminentes de todas las naciones que allí concurrieron; debiendo concedérseles el honor de haber contribuido poderosamente al movimiento católico Europeo que hoy con tanta fruición contemplamos, después de maravillarnos y comunicarnos grandes é inextinguibles alientos.

A esos gloriosos Congresos vióse concurrir á los hombres más distinguidos de la católica Bélgica, y de hombres de otros diferentes países de Europa. Además del eminentísimo Cardenal de Malinas Mgr. Sterch, Presidente honorario; del respetable Barón de Gerlache; el Conde de Theaux Ministro de Estado; el Barón Della Faille, Senador; el Vizconde Berckhove, antiguo Ministro plenipotenciario; Perín el sabio profesor de la Universidad católica de Lovaina; Ducpetiaux, Woeste, Verspergen, Mons. de Ram, Rector de la Universidad nombrada; Mr. Adolphe Deschamps, Ministro de Estado y otros muchos, hallamos que los Estados Pontificios y la Italia enviaron á Monseñor Nardi, auditor de la Rota Romana, al Du-

que de Salviati, al Marqués Patrici Montoro, al escritor Casoni, de Bolonia, al caballero Alberi, de Florencia, y al canónigo Candiani, de Monza.

La Francia fué representada dignamente entre otros por el Vizconde Armando de Melun, el Conde de Merode, Cochin, el Príncipe de Broglie, el Conde de Montalembert, Chantrel, redactor de Le *Monde*, y el canónigo Le Quette Inglaterra é Irlanda por el Cardernal Wisseman, Manning, Wilbelforce, Voodloch, Rector de la Universidad de Dublin, O'Reilly y O'Brien. Alemania tuvo por representantes principales á Reichensperger, Mons. Mislin, Conde de Stolberg, al canónigo Kolping y á Mons. Ledochovski Nuncio Apostólico. La Suiza fué representada por el abate Mermillod, el Conde Scherer, presidente de la *Piusverein*. Allí en fin se reunieron el Príncipe Czartoryski de Polonia, Ricardo Aparisi de Madrid, Mañé de Barcelona, Almeida de Lisboa y Carballo Ministro de Chile en Bélgica con otros ciento de varios países.

Esta es otra de las ventajas de los Congresos católicos internacionales, al ver agrupados en torno de las más altas dignidades de la Iglesia á los hombres más eminentes de todos los paises y á los sabios y valientes defensores de la Religión. Allí se da ocasión de poder apreciar de cerca sus talentos, su erudición, sus dotes oratorias y sobre todo su espíritu de abnegación y sacrificio por la defensa y propagación de la Santa Fé católica. En ellos se admira á esos atletas,

se aprecia su valer y es dado vaticinar el brillante porvenir que para algunos tendrá reservado la Historia. ¿Quién al considerar las cualidades personales y vastísima ciencia del Ilmo. Ledochovski, hoy Cardenal Prefecto de la S. C. de Ritos, no vería en él al futuro valeroso adversario de Bismarck, martillo del Kulturkampf?

Quién al oir los discusos del célebre joven sacerdote Rector de Nuestra Señora de Ginebra, heredero del celo y ciencia de San Francisco de Sales, que llegó á convertir á la mitad de los protestantes Calvinistas de aquella ciudad, no pudo presentir ya al futuro Obispo Apóstol de Suiza, Emmo. Cardenal Mermillod hoy difunto? Quién al oir al jóven Profesor de Lovaina Mr. Perín no descubrió ya al futuro defensor de las clases obreras y al sabio escritor que había de esclarecer en sentido católico los más importantes problemas y cuestiones sociales? Quién al oir al ilustrado y elocuente joven abogado Mr. Woeste no pudo ya prever la brillante carrera que le esperaba en el foro y el parlamento, y que le ha hecho acreedor á la Vicepresidencia del último Congreso que acaba de celebrarse en la misma ciudad de Malinas? Pues asimismo pudo conjeturarse la influencia de las ideas de Montalembert y su escuela, que no merecieron por cierto las generales simpatías de aquel Congreso; la del ilustre Dr. Manning, Cardenal Arzobispo de Westminster, fallecido hace poco, la del P. Félix, P. Dechamps y de tantos otros como honraron y enaltecieron aquellas memorables asambleas de católicos.

Y aquí, de paso, es fuerza notar el carácter distintivo de los Congresos celebrados en la católica Bélgica, en donde siempre se ha visto figurar en primer término á Ministros de Estado, Presidentes de las Cámaras, Diputados y Senadores católicos, pues aun en el recientemente celebrado en los primeros días de Septiembre del corriente año, vemos figurar al Conde de Merode-Westerloo, Ministro de Estado y Presidente del Senado, á Mr. Víctor Jacobs, Ministro también, así como á los Diputados Woeste, Fris, Schollaer; ejemplo que, por desgracia, no se ha presenciado en Italia, en Francia, en España y en Portugal, por más que pretendan sostener el honroso título de Naciones Católicas; siendo sólo Alemania la que ha dado igual ejemplo, asociándose á los congresistas los diputados católicos, que fueron como el alma y el poder directivo de sus importantísimas asambleas.

No dudamos que, si algunos escritores se dedicasen á practicar un examen detenido de las Crónicas, discursos, Conclusiones y obras, fruto de los diferentes congresos que en pocos años se han celebrado en Europa y América, prestaríase su estudio á multitud de observaciones, á cual más útiles é instructivas para la defensa de la Religión y de la apreciación exacta del movimiento católico actual del mundo. Porque es preciso tener en cuenta que en estos múltiples Congresos, por lo mismo que acuden los hombres más eminentes por su ciencia, su caridad y su fe, no hay cuestión importante que no se haya ventilado, ni

útil proyecto que no se haya propuesto. Esa variedad de asuntos, de pensamientos felices, de proyectos y de obras católicas ha obligado á los más esclarecidos miembros de esos Congresos á pensar en la clasificación de los mismos, porque la experiencia ha demostrado que las secciones particulares, en que suelen dividirse, no podían ya en cortos días ocuparse en todos aquellos con la detención debida. De ahí los Congresos científicos, los de Jurisconsultos, los dedicados á la solución de cuestiones y problemas sociales, á las obras de caridad, de enseñanza y tantos otros que se han celebrado.

Bellísimo cuadro pudiera escribirse de las gratas sorpresas que suelen experimentarse en estas reuniones, cuando se levantan hombres desconocidos, á veces jóvenes, que, por primera vez hacen uso de la palabra dejando admiradas á las Asambleas, bien por su elocuencia ó sus talentos, bien por los proyectos que someten á la aprobación de las mismas.

Así vemos aconteció en los Congresos de Malinas de 1863 con Mr. Guillermo Verspeyen uno de los miembros más jóvenes que asistieron, desconocido hasta entonces, y que luego resultó uno de los más distinguidos y amados del Congreso. Tenía apenas 25 años; había formado parte de la redacción del periódico *El Bien Público* de Gante, pero iba á hablar por primera vez en público. Ocupó la tribuna para dar á conocer la obra del dinero de San Pedro, y he aquí en que térmi-

nos describe Chantrel, «su aparición y el mágico efecto de su palabra: «Mr. Verspeyen supo hallar en su corazón y en su fe la valentía y la sinceridad de sus convicciones: por más de una hora tuvo pendiente de sus labios al auditorio. Sin exageración, puede decirse que sus palabras fueron recibidas y aplaudidas por una constante aclamación. No puede la pluma reproducir las impresiones que su palabra producía en los ánimos de los oyentes, ni la reproducción de su discurso puede dar de ello una idea. En su gesto, en su acento, en la mirada del orador descubríase algo de extraordinario que electrizaba á la concurrencia: tan solo hallándose allí presente, podía uno comprender el efecto de su palabra inspirada. Todos los corazones latían por un mismo sentimiento, todas las almas se confundían en una sola alma, y las lágrimas abundantes que derramaba el auditorio demostraban á la vez el gran poder de una palabra llena de convencimiento, de lealtad y de emoción, así como la unanimidad de los sentimientos que reinaban en el Congreso. Jamás he presenciado espectáculo semejante. Todo el Congreso sentía con su fe, su resolución y su alma, y era admirable ver que uno de los más jóvenes miembros alcanzaba el honor y la dicha de excitar una general explosión de entusiasmo y de cordial afecto.»

Cosa parecida aconteció con el Abate Mermillod, Mons. Nardi, Casoni, Cochin, Dumortier, y otros varios.

Grande fué igualmente la sorpresa é impre-

sión del Congreso cuando el conde Scherer, Presidente del *Piusverein* de Suiza, apareció en la tribuna para pronunciar un breve y enérgico discurso, que comenzó con estas palabras: *Gelobt sei Jesus Christus*—Alabado sea Jesucristo. Debemos declararnos aquí todos hermanos, porque aunque de patrias diferentes, no tenemos más que una madre, que es la Santa Iglesia.—Bien pronto tendrá lugar un sexto Congreso en Nuestra Señora de Einsiedeler, en Suiza; yo os invito para honrarle con vuestra presencia: os pido vuestras simpatías, y sobre todo vuestras oraciones para que podamos realizar grandes obras católicas. El mundo dice que esto es imposible: nosotros debemos contestar *que la palabra imposible no es católica.* —No queremos proponeros programa: cuando se trata de oponer una barrera á las pretensiones del error y de la injusticia, el Padre Santo nos ha enseñado la actitud de resistencia que debemos adoptar: *non possumus.*—La gran familia católica se agita y trabaja sin descanso: debe colocarse al frente de nuestro siglo y regar el mundo entero con las aguas vivas de la caridad, al modo que los ríos de Suiza riegan la Europa.—Queremos vivir unidos y podemos conseguir la unión. El medio para lograrla son los Congresos católicos.»

Difícil tarea nos impondríamos, recopilando los muchos incidentes gratísimos, que tuvieron lugar en aquel Congreso, pero no queremos privar á nuestros lectores de las frases pronunciadas por el eminente Diputado por Ronlers, para jus-

tificar la merecida ovación que obtuvo, cuando con voz entrecortada respondía á los aplausos de la muchedumbre, diciéndoles: vuestras aclamaciones sancionan la conducta de la minoría de la Cámara, de esta minoría que con enérgica perseverancia defiende la educación cristiana, la propiedad de los cementerios católicos, el patrimonio de la enseñanza católica libre y el sostenimiento del Culto.—Católicos belgas: antes de separarnos, es preciso que hagamos un acto memorable, y que sea como un monumento imperecedero de nuestros sentimientos y nuestros votos. Hagamos aquí una declaración solemne. Declarad que protestais contra los ataques dirigidos á nuestra Constitución por un falso liberalismo.—Que protestais contra las trabas puestas por el Gobierno á la libertad de la caridad; contra el poder, que se arroga, para sí de reformar testamentos con menosprescio de la voluntad sagrada de los moribundos. Protestad contra la protección dispensada á una enseñanza frecuentemente impía, malversando los bienes que nuestros padres destinaron á la religiosa y católica.

Protestad, en fin, contra los progresos amenazadores de la centralización en nuestro país. Este solemne acto de vuestras valientes protestas y prolongadas aclamaciones no resultará estéril. La voz de esta inmensa reunión no dejará de tener eco y resonará en el corazón de todos los católicos: les comunicará el fuego que ha de encender sus ánimos para la defensa de nuestra santa causa. Armado yo con los derechos que nos concede

la Constitución, y usando de las libertades por ella sancionadas, os prometo por mi parte que me encontraréis siempre en la brecha.»

Juzgamos excusado ponderar la inmensa trascendencia de estos y parecidos arranques oratorios: fácil será igualmente calcular el efecto producido en el ánimo de los concurrentes por estos y otros elocuentísimos discursos, que sentimos no poder extractar. Las consecuencias de aquellos memorables Congresos no sólo resultaron provechosas para Bélgica y otros países, sino que la Religión y el Pontificado le son deudores de grandes beneficios. En el artículo siguiente nos proponemos consignar algunos de sus resultados evidentemente prácticos y positivos.

IV

CENSURAS DESVANECIDAS.—CARÁCTER Y FINES DE LOS CONGRESOS CATÓLICOS.—RESULTADOS PRÁCTICOS DE LOS PRIMEROS.—DE LOS DE MALINAS EN BÉLGICA.—DE LOS DE ALEMANIA.

Forman el carácter distintivo de estas importantísimas Asambleas, el espíritu religioso que las anima y la buena voluntad y entusiasmo que demuestran todos los concurrentes para coadyuvar á la gran obra de la propagación de la fé, restauración de la piedad cristiana, adoración de Jesucristo, reinado de su caridad y regeneración católica en el mundo moderno. Bastar debiera la reflexión de que tales Congresos son presididos y aprobados por los Sres. Obispos, bendecidos é impulsados por la autoridad Pontificia, para que mereciesen nuestra más profunda veneración y entusiasta aplauso. Mas parécenos indispensable hacernos cargo de algunas observaciones, que casi en son de censura se han dirigido, suponiendo que los Congresos católicos suelen ser más teóricos que prácticos, y un palenque tan solo donde

suelen lucir los más reputados oradores sus dotes de elocuencia, saber é ingenio, sin que sus resultados lleguen á ser positivos y reales en lo relativo á los fines que se propusieron los iniciadores, y aun los Prelados que han demostrado ser sus principales protectores.

Nosotros somos de parecer, desde luego, que ninguna reunión de católicos autorizada, dirigida ó fomentada por el Papa y los Rvdos. Obispos dejará nunca de ser provechosísima y de resultados prácticos. Y aun aceptados los Congresos como meras Asambleas en donde se pronunciasen discursos notabilísimos en pro de los derechos del Pontificado y de la Iglesia, en defensa de la Religión, de sus glorias, de su influencia moral y social en el mundo, ponderando los beneficios de las instituciones cristianas y su acción civilizadora, los bienes indudables que resultan para los individuos, las familias y las naciones de la práctica de las enseñanzas católicas y de las virtudes evangélicas; y en una palabra, ocupándose en los males que afligen á las sociedades modernas y en los remedios que conviene oponerles para su mejoramiento, y en todo cuanto puede interesar á los católicos en defensa del cristianismo, para afirmarles en su fe y moverles á trabajar cada día con más ahinco como buenos soldados de Cristo; entendemos que esto sería motivo bastante para sostenerlos, proclamarlos utilísimos, y aun reputarlos de grandes resultados prácticos para bien de los católicos y de la sociedad.

Porque los resultados de un Congreso no sue-

len ser siempre tan inmediatos y visibles como quisieran los más exigentes. Es verdad que hay católicos que suelen contentarse con poca cosa, y que quizás por su temperamento disfrutarán en estas reuniones lo que en una academia, donde se desarrollen tésis de importancia teórica, histórica ó científica, sin sentirse asaz movidos ó impresionados para entregarse después á una vida más activa y conforme con los deberes de todo cristiano militante. Pero en cambio es fuerza reconocer que los hay tan impacientes ó batalladores, que jamás se dan por satisfechos de los Congresos, si al final de los mismos no se toman resoluciones extremas, ruidosas y en conformidad con sus planes, sus deseos y teorías político-sociales.

Esos tales debieran penetrarse mejor de la índole de los Congresos católicos y de la necesidad de someterse humildemente á los moldes qne las circunstancias de los diferentes países, la prudencia de los Prelados, y, sobre todo, la sabiduría del Romano Pontífice, han prescrito para regular semejantes reuniones.

En todos los Congresos ha predominado siempre el criterio de prescribir ó eliminar las cuestiones candentes ó meramente políticas, que pudieran ser ocasión de fomentar conflictos ó divisiones entre católicos; y en cambio tanto la voz del Pontífice como la de los Prelados, y la de los más valiosos congresistas, han reclamado la unión de todos los concurrentes y la necesidad de preocuparse más de los intereses de la fe y de la Igle-

sia, que no de los que pueden afectar á los partidos políticos.

Los Congresos católicos, mientras se reunan bajo la égida de los Prelados y las bendiciones del Romano Pontífice, serán siempre lo que han sido y deben ser, esto es, centros de unión y organización de las fuerzas católicas para emplear cada día, con mayor provecho de las almas y utilidad de la Iglesia, su actividad y sus talentos. No sólo se evitarán los conflictos que necesariamente debieran surgir de adoptarse otros criterios, sino que se perseguirá un fin, laudabilísimo, elevado, cual es buscar en primer término la gloria de Dios, la santificación de las almas, la propagación y triunfo de la santa fe católica, y por ende la regeneración del mundo moderno según las vías trazadas por Jesucristo y el Pontificado Romano. La Iglesia se preocupa de las grandes batallas que hay que librar contra todos los errores y herejía, contra todos los sistemas racionalistas, materialistas ó ateos; contra el masonismo, liberalismo y todos los enemigos de la Iglesia: y busca anhelosa la reorganización religioso-moral y social del mundo moderno sin curarse de las cuestiones referentes á la varia organización política de las sociedades.

La Iglesia respeta en este punto la libertad de pensar de todos los católicos, y al eliminar tales cuestiones de los programas de los Congresos, no prohibe ni condena los varios ideales que puedan sostenerse en academias ó centros de otro carácter.

Los discursos pronunciados en un Congreso católico y las conclusiones aceptadas acerca de la llamada cuestión romana, de la necesaria libertad é independencia del Pontífice Romano, de los proyectos de obras de caridad, de reforma, de enseñanza, de protección á la prensa católica, á las clases obreras y menesterosas; del fomento de los institutos religiosos ó de las prácticas de la caridad cristiana, del auxilio y difusión de las misiones católicas, del dinero de San Pedro y de tantas otras obras en que se han ocupado, nunca puede afirmarse que hayan sido estériles y sin resultado práctico. Las más de las veces han visto inmediatamente los Congresos traducidas en hechos algunas de las resoluciones tomadas en ellos; y aunque otras veces, el fruto ha sido tardío, no habrá podido decirse que la obra de un Congreso católico, haya resultado completamente estéril.

Lo que principalmente ha ocupado á todos los Congresos católicos nacionales ó internacionales ha sido el fijar bien el diagnóstico de las enfermedades de la sociedad moderna: su objeto preferente ha sido conocer bien y con perfecta exactitud el estado morboso de esas sociedades, para luego señalar los remedios que han considerado más adecuados á la curación de las dolencias, aplicándolos con actividad perseverante hasta lograr su completa extinción ó el alivio posible de los males. Que no siempre es dado á los hombres de mejor voluntad hacer que los enfermos, bien sean individuos ó sociedades, logren la salud en un instante; requiérese siempre, si no viene un

milagro, el trascurso de meses ó años para la curación de graves enfermedades y un largo período de convalecencia.

Para alcanzar la reforma de las ideas y de las costumbres en sentido cristiano; para lograr una verdadera regeneración ó restauración social católica, atendidos los gravísimos males de la sociedad presente, bien se requieren algunos años de trabajo, de predicación, de perseverante celo, de paciente caridad y de actividad incesante por parte de los católicos en todas las esferas de su acción é influencia. No hemos de aprovechar tan solo un punto de vista matemático en nuestros cálculos y juicios; fuerza es que apliquemos nuestra atención igualmente á las dificultades y obstáculos que ofrece el terreno físico.—La línea recta es, en efecto, matemáticamente hablando, la más corta; pero los montes y valles nos obligan casi siempre á utilizar las curvas. Así como el obstáculo de la atmósfera impide que un proyectil disparado recorra un espacio sin fin, así el ambiente humano es atmósfera harto densa para que no pueda frustrar ó impedir muchas de las energías católicas más poderosas y dignas de todo aplauso y protección. Dios, no obstante, ha de favorecer las empresas nobilísimas y las resoluciones de los Congresos católicos con sorprendentes resultados. Pongamos en Él toda nuestra confianza, y obremos valerosamente y con esfuerzo incansable, seguros de nuestra victoria. La actividad católica bien organizada tendrá éxito cierto. La corona siempre quedó reservada para los valerosos y

perseverantes; para los pacientes y esforzados; después de la lucha vendrá la gloria, después de la fatiga el descanso; después de la tempestad y persecución la bonanza, la paz de la Iglesia, la aparición del Sol de Justicia, el triunfo del Catolicismo.

Pero he aquí, entre otros muchos resultados positivos que pudiéramos citar de los Congresos católicos, algunos que leemos en Chantrel al ocuparse en el de Malinas de 1863. Según el referido autor, en 1848 trató el primer Congreso de Alemania de la organización del mismo, que sirvió como de pauta y regla para los muchos que se sucedieron. En 1849 se fundó la obra de San Bonifacio; en 1850 una asociación para la propagación y progreso del arte cristiano; en 1851 se acordó prestar especial apoyo á la obra fundada por el sacerdote M'Kolpink, en favor de los obreros alemanes; en 1852 la creación de una academia católica: en 1853 la creación de una Universidad católica; en 1855 la reunión de todas las obras católicas. El Congreso de 1857 tomó resoluciones eficacísimas y de carácter eminentemente práctico en favor de la prensa católica, ocupándose además en la situación de los católicos en Oriente. El de 1859, acordó la reunión de la renombrada asociación general de Suiza *Piusverein* con la asociación católica de los alemanes; hasta que, por fin, en 1862, en el Congreso de Aix la Chapelle que fué el 16.° de los alemanes, se tomó la resolución de reunir los Congresos generales ó inter-

nacionales, que, según notamos en el artículo anterior, tuvieron comienzo en Bélgica y en la Metrópoli de Malinas en 1863.

Difícilmente pueden apreciarse en detalle y con exactitud todos los resultados positivos de los diferentes Congresos, mayormente cuando se trata de naciones extranjeras. A los Prelados en particular, á las juntas organizadoras de los Congresos, y si se quiere á los congresistas más esclarecidos, y á los escritores ú hombres observadores que se han tomado la molestia de estudiar con detenimiento los frutos realmente positivos y prácticos de los varios Congresos, correspondería hablar ó escribir acerca de los mismos.

A los Congresos de Malinas débese en gran parte la mejor organización y extensión que tuvo la obra del dinero de San Pedro. M. Vespeirgen, el elocuente y entusiasta defensor de esta obra de resultados tan prácticos y provechosísimos al Papa, en medio de sus tribulaciones y grandes necesidades creadas por la usurpación de Roma y de sus dominios, hizo constar lo siguiente en el bellísimo discurso que pronunció en la segunda sesión del Congreso que se celebró en 1863: «Se ha dicho y repetido que el Congreso de Malinas, como todos los otros, no daría ningún resultado práctico; que se pronunciarían muy bellas frases, pero que no producirían ninguna obra nueva. Vosotros, señores, habeis dado un mentís á estas malévolas predicciones, y es menester que acabeis por confundir del todo á vuestros detractores,

Aquí hemos de echar los primeros fundamentos de una organización, más poderosa, más general, y más completa, de la obra del dinero de San Pedro. Teneis trazado el plan, y sólo falta obrar en conformidad con el mismo. Hemos hallado el capital, que consiste en el amor que profesais á la Iglesia y al Papa Pío IX.» Pues bien; nadie puede dudar que desde entonces data principalmente el mayor crecimiento del dinero de San Pedro entre los católicos de las varias naciones. Aquella asamblea no solamente se ocupó en esta obra tan benéfica para el Papa y la Iglesia, si no también en el fomento de las Sociedades de San Vicente de Paul; trató de las misiones y obras de la propagación de la Fe, Santa Infancia, protección de los obreros, de los cementerios católicos, enterramientos de los pobres y mil otras de caridad, cuyos resultados han sido verdaderamente positivos y prácticos.

De aquella fecha data la organización de las fuerzas católicas dirigidas por los hombres de Estado y diputados católicos para reconquistar en Bélgica la libertad de enseñanza y la reforma de las leyes de instrucción pública, para cuyo logro han tenido que emplear los católicos 30 años de esfuerzos, de unión y perseverancia.

En la tercera sesión del Congreso de Malinas, celebrado en Septiembre del último año 1891, el Barón Couchin, concejal del Ayuntamiento de París, reconocía esta gran conquista expresándose en estos términos: «A pesar de las maldades de la política, yo creo en el triunfo próximo de

la Religión católica en el campo de la filosofía y de la ciencia.—En Francia esperamos conquistar la libertad *que habeis obtenido en Bélgica*, guiados por valientes jefes. Tambien tenemos nuestros Woestres y nuestros Jacobs: pero vuestros jefes poseen sobre aquellos la ventaja *de haber triunfado*. Deseo el mismo éxito para mis compatriotas.—Si la ley disuelve nuestras Congregaciones y veja al Clero, el pueblo honrado protesta; á pesar de las leyes que nos oprimen, alzamos la cabeza, y en sólo París damos instrucción á más de 70.000 niños. —La situación de la Iglesia es la siguiente: atacada abajo por la política, triunfa arriba por la filosofía y la sabiduría; de suerte que, si una política rastrera ha podido arrancarle la corona real, el triunfo de arriba le da una corona mucho más bella: la de la sabiduría y la de la justicia, la de la virtud y la de la verdadera gloria.» (1)—Mons. D. Hults, Rector de la Universidad ó Instituto católico de París, se complace igualmente en reconocer los provechosísimos resultados de los Congresos católicos belgas en estos términos: «Con la libertad de enseñanza hemos conquistado también en Francia el derecho de fundar Escuelas libres, Colegios y Universidades católicas libres. No puedo menos de reconocer y aplaudir la iniciativa de la católica Bélgica que ha *reconstruido la antigua Universidad de Lovaina*, sacándola del estado lastimoso de postración en que antes vivía.»

(1) Movimiento Católico, 5 Septiembre del 91.

De igual fecha datan en Bélgica la mejor organización de la prensa católica, su mayor protección y la difusión de buenas lecturas. Merced á los acuerdos de los varios Congresos belgas, hoy en todas partes, lo mismo en las estaciones de ferro carriles de aquel país, que en los casinos, cafés y otros varios centros, se encuentra oportunidad de comprar ó leer diarios y libros católicos. Son en verdad dignos de todo aplauso é imitación los esfuerzos y los trabajos de los católicos belgas empleados en la importante obra de la propagación de las buenas lecturas, combatiendo con eficaces resultados los órganos de la incredulidad, del masonismo y de la pornografía. Idénticas resoluciones vemos tomadas en los Congresos de Italia, particularmente en los de Lodi y Vicenza.

Y por lo que toca á Alemania ¿quién puede negar que los Congresos católicos dieron lugar á la formación del renombrado *Centro católico* de Diputados en el Reischtad presidido por el celebérrimo *leader* Herr, Windsthors? Quién podrá poner en duda sus resultados prácticos, sobresaliendo, entre otros, la reforma de las leyes de Mayo, la destrucción del *Kulturkampf* y la humillación del soberbio *canciller de hierro?* Oigamos el parecer de Windsthors sobre los Congresos y algunos conceptos del Conde de Ballestrem, quien se declaró su ejecutor testamentario en el Congreso último de Dantzik celebrado á primeros de Septiembre del año último.

El ilustre Windsthors decía: «los Congresos

católicos son como las maniobras de otoño de nuestro ejército: esta guerra de escaramuzas nos prepara indudablemente para las formales campañas.»—El Conde de Ballestrem al ocuparse de la situación actual y probable porvenir de los católicos en Alemania, en el reciente Congreso de Dantzik, celebrado á primeros de Septiembre de 1891, el 34.° de los Congresos alemanes, hacía esta valiente declaración: «Preténdese que el Centro que nació á consecuencia del Kulturkampf, debe desaparecer con él. Desgraciadamente no hemos llegado más que á los preliminares de la paz, al armisticio. La paz se prepara, no está aún hecha. Una de las cláusulas de un tratado de paz es la repatriación de los prisioneros de guerra.—Nuestros prisioneros de guerra, las Órdenes religiosas, no nos han sido devueltos. Windsthors nos ha dejado el cuidado de sostener esta reclamación; y no hemos de cejar hasta que el éxito corone nuestros esfuerzos.—Otra condición sin la cual no se concluye un tratado de paz, es la restitución del territorio ocupado por el enemigo. Nosotros no tenemos aún la escuela, atribuyéndose el Estado el derecho á la enseñanza religiosa. En esta materia tampoco hubiera Windsthors consentido en una capitulación.—Y aun cuando la paz fuera hecha, no deberíamos licenciar nuestro ejército, pues correríamos el riesgo de quedar desarmados para una nueva lucha, siempre posible. No se respeta más que á los fuertes.—Sigamos en un todo los ejemplos de Windsthors: amar á la Iglesia y al Papa como él los amó; obedecerle co-

mo él le obedeció; trabajar por el bien de nuestro pueblo como él lo hizo; tal debe ser nuestro programa: *no debemos ser ni de oposición, ni del Gobierno:* nuestra enseña es la cruz, éste es el estandarte que nos ha dado todas las victorias.» (1)

En otro artículo, con el favor de Dios, nos proponemos demostrar la importancia de los trabajos de las Secciones de los Congresos y decir algo de los Congresos católico-nacionales de nuestra amada España.

(1) Movimiento Católico, 10 Septiembre del 91.

V.

DE LAS SECCIONES: SU LABORIOSIDAD Y FRUTOS.—OBSERVACIONES DEL SR. ARZOBISPO DE SEVILLA.—ORGANIZACIÓN DIFERENTE, SEGUN LOS PAÍSES.—PREPONDERANCIA DE LOS PRELADOS EN LOS CONGRESOS CATÓLICOS DE ESPAÑA.—SU CARÁCTER ESPECIAL.—CUESTIONES DE LA SANTIFICACIÓN DEL DOMINGO Y DEL PROBLEMA SOCIAL EN LOS CONGRESOS DE MALINAS.

Si la importancia y trascendencia de los Congresos católicos debiera medirse tan sólo por los ópimos frutos que resultan de las grandes reuniones de los fieles y de la íntima comunicación de sentimientos que entre ellos se establece en favor de la Religión, afirmándose más y más su inquebrantable adhesión á las enseñanzas de la Santa Sede; si el contacto del Episcopado y del Clero que se establece con esos católicos valerosos y decididos á emplear todos sus talentos, su ciencia, su erudición y experiencia en defensa del catolicismo, en obras de caridad y de propaganda, no fue-

se ya de suyo evidentemente provechoso y utilísimo, todavía debiéramos fomentar y proteger esos Congresos por los trascendentales y positivos resultados que producen los trabajos de las secciones en que suelen distribuirse los socios, y que vienen á ser como el termómetro graduador de las creencias, de la pureza, de los sentimientos y del favor de la piedad cristiana, y como el verdadero reflejo del estado social de un país, moral y religiosamente considerado.

En la introducción escrita por el Secretario general de la Junta Directiva de los Congresos de Malinas, Mr. Ducpetiaux, que precede al *Compte-rendu* ó Crónica del Congreso celebrado en Septiembre de 1864, hace notar «que las secciones aumentan cada año los trabajos, constituyéndose en forma *de verdaderos Congresos* cada una de ellas, teniendo cada vez su objeto mejor determinado, y cooperando no obstante con una admirable unidad de espíritu y de miras al resultado general de la empresa nobilísima de los Congresos.» Mr. Chantrel, entusiasmado por la laboriosidad de los socios de las secciones y el interés e importancia que alcanzaron las discusiones del Congreso de 1863 acerca de los diferentes temas propuestos, lamenta que no se conceda mayor tiempo á las mismas, aun cuando fuese necesario abreviar la duración señalada á las sesiones públicas; y por eso, en la sección de asuntos religiosos. Mr. Baudon formuló el voto siguiente: «Impresionado por el carácter práctico que revisten las secciones, es sensible que se vean obliga-

das á abreviair sus interesantes debates en gracia del mayor tiempo destinado á las Asambleas generales ó á las sesiones públicas; y así propongo que en el próximo Congreso católico se conceda mayor importancia á los trabajos de estas secciones.»

Por tanto no nos extraña que el dignísimo señor Presidente del próximo Congreso de Sevilla, coincidiendo exactamente en estas apreciaciones, haya expresado idéntico juicio al dirigir su carta á los Rvdos. Sres. Obispos, diciéndoles: «tanto en Zaragoza, como en mis cartas á los Hermanos, propuse algunas modificaciones al Reglamento de los Congresos anteriores, que fueron por ellos aprobadas, encaminadas especialmente á facilitar los trabajos de las secciones, que son sin duda *la parte más importante* del Congreso, y de los que hay derecho á esperar mayor fruto, si lo en ellas acordado, y aceptado despues por toda la asamblea, se lleva á la práctica, como con empeño debe procurarse por todos los católicos.»

Si comparamos la organización de los Congresos celebrados en Madrid y Zaragoza con los dos primeros de Bélgica que vinieron á servir de norma á los Congresos católicos de otros países, hallaremos algunas diferencias, debidas principalmente al carácter y situación particular de cada país. Así vemos que en los Congresos belgas, y en general en todos los Congresos extranjeros suele preponderar el elemento seglar ó lái-

co, concediéndose tan sólo la presidencia de honor á un Prelado.

Al anunciarse los programas de los temas que han de ser materia de estudio en las diferentes secciones, son ya designados los miembros que han de constituir las mesas de cada sección; un presidente, dos vicepresidentes, y cuatro secretarios; se nombran también los socios que han de defender cada uno de los temas en las discusiones para luego presentar la conclusión que haya formulado y aprobado la sección respectiva, á la reunión general; dándole cuenta, como ponentes, de las razones que se hayan alegado en defensa del punto discutido.

Es por demás interesante el Reglamento que se publicó para el orden que ha de observarse en la celebración de las secciones; en él no se concede á los socios el uso de la palabra en pro ó en contra de cada uno de los temas sino por dos veces y sin exceder de diez minutos, salvo siempre el derecho de la presidencia y de la sección de prorrogar el uso de la palabra. Además de los miembros que han de constituir la mesa, nómbranse empleados encargados de recibir y acompañar á los socios inscriptos en las secciones á los locales respectivos, que á los diez minutos de haber empezado las sesiones, quedan cerrados.

Es también curiosa la instrucción publicada en el Congreso de 1864 en lo relativo á las obligaciones de los cuatro secretarios que se reparten el trabajo con el fin de mantener la más exac-

ta regularidad y prevenir toda reclamación durante el curso de las discusiones. El primer secretario lleva el encargo de reunir los discursos y todos los materiales para la redacción de un *Boletín* que suele publicarse diariamente y repartirse á todos los concurrentes. El segundo secretario corre con la obligación de recoger, previo inventario, y guardar archivados todos los escritos y documentos entregados por los socios, ó dirigidos á los presidentes de las secciones. A un tercer secretario se confía el apuntamiento de las proposiciones que la mesa aprueba, contar los votos, cuando después de las discusiones se hiciere necesaria la votación, y vigilar á los taquígrafos, á fin de que escriban con fidelidad los discursos ó resúmenes de los mismos, y finalmente el último secretario debe suplir á los otros, hallándose siempre á disposición del presidente para los servicios ó encargos que conviniere hacerle.

No se ha considerado en nuestros Congresos necesaria tanta reglamentación; y en verdad, ha bastado la Presidencia de los Rvdos. Prelados en cada una de las secciones y la sensatez de los socios para que en todos reinara el orden más perfecto. Lo que sí tal vez habrá ocurrido, es que un solo secretario ó dos se hayan visto sobrecargados de trabajo, echando de menos las notas taquigráficas; lo mismo puede decirse de los ponentes, teniendo uno solo que formular las conclusiones acerca de todos los temas que fueron objeto de discusión en cada una de las seccio-

nes. Por eso no podemos menos de aplaudir la buena costumbre introducida por el Congreso de Madrid, perfeccionada en el de Zaragoza, de que todos los socios que toman parte en la discusión de un tema, al terminar sus discursos, faciliten á la mesa la conclusión formulada acerca del tema discutido.

Obsérvase que en todos los primeros Congresos de las diferentes naciones, en donde se han celebrado, se han propuesto, en número tal vez excesivo, los temas de los programas, y en su consecuencia se multiplicaron los trabajos de las secciones. Y eso no debe maravillarnos, si se tiene en cuenta que los católicos en un principio debieron de aportar á los Congresos una multitud de puntos, cuya solución ó esclarecimiento consideraban necesario para regular su conducta.

Los obstáculos, además, y las dificultades que han ofrecido las diversas legislaciones de los países á la acción y libertad de los católicos, habían acumulado multitud de quejas que con impaciencia querían ver satisfechas ó producidas delante de los respectivos Gobiernos. El descreimiento casi general que en todos los países ha venido produciendo la malhadada libertad de pensamiento, la heterodoxia de la enseñanza oficial y los lamentables desbordamientos de una prensa por lo común irreligiosa, inmoral, é impía, habían colocado á los católicos en la imprescindible necesidad de multiplicar los temas, y aun de formular nuevas proposiciones, con el fin de uniformar su criterio sobre diversos puntos ú

oponer un dique á tan perversas corrientes, y algún remedio á tal cúmulo de males.

La reunión de los católicos en Congresos era una necesidad de nuestra época por todos sentida, y por eso prontamente, en virtud de su elevada misión, los Rvdos. Obispos, como pastores vigilantes, y el Supremo Jerarca de la Iglesia descubriendo desde la cumbre del Vaticano mejor que nadie el dilatado horizonte del mundo, las pérfidas maquinaciones de los Gobiernos hostiles á la Iglesia, la opresión ejercida casi en todas partes contra la libertad de los fieles y el ejercicio del culto, y teniendo en cuenta los impíos esfuerzos de los enemigos de Dios y del Pontificado, promovieron, fomentaron y bendijeron esas importantísimas asambleas de los católicos, en donde pudieran tener expansión sus oprimidos corazones y lugar de producir libremente sus quejas, y con su inteligencia y valor lograsen hacer valer sus derechos y comunicar nueva vida á las instituciones cristianas.

Más tarde, empero, discutidos ya suficientemente muchos puntos, hubo de metodizarse mejor la formación de los programas, la distribución del tiempo y aun el orden de las sesiones públicas y de las secciones. Háse procurado conceder más días ú horas de estudio y discusión á las secciones, y aun algunas, como las dedicadas al arte y música religiosa, debieron subdividirse para aligerar sus trabajos, concretar mejor los puntos, y dar lugar á que los socios más

competentes pudiesen reunirse con mayor tranquilidad, sin tener que distraer su atención á otros temas discutibles.

Lo que no ha podido lograrse, excepción hecha de los Congresos científicos, jurídicos y otros que se han propuesto asuntos especiales, es el reducir las reuniones generales ó las sesiones públicas á la inaugural y á la última del Congreso, no obstante los deseos manifestados por algunos socios eminentes, á quienes preocupaba más el afán del estudio que el interés de la propaganda y el acrecentamiento del fervoroso entusiasmo que aquellas despiertan en las muchedumbres.

No debe olvidarse que los Congresos católicos en la forma ordinaria que adoptaron desde un principio, revistieron un doble carácter, científico-religioso y de propaganda. Vienen á ser, además, como grandes fiestas que atraen á multitud de católicos, ávidos de contemplar la magnificencia y esplendor que en ellos se ostenta, y de avivar su fe y devoción oyendo los sabios y elocuentes discursos de los Rvdos. Obispos y de los oradores más esclarecidos del Congreso. Y desde este punto de vista, bien puede afirmarse que ninguno de los Congresos extranjeros ha podido rivalizar ni sostener perfecto parangón con el Congreso celebrado en Madrid bajo las bóvedas del templo de San Jerónimo, ni con el de Zaragoza, en la Catedral de la Seo, tan rica y artísticamente adornados. Por eso nosotros no titubeamos en defender el carácter peculiar de nuestros Congresos

que tan perfectamente se aviene con el de nuestro pueblo creyente, tan amante de los esplendores y magnificencias de la religión, como respetuoso y férvidamente apasionado por ver y oir de cerca á sus Obispos y pastores.

Ningún Congreso extranjero ha podido ofrecer el admirable espectáculo de la procesión del Pilar en Zaragoza, presidida por 33 Arzobispos y Obispos, el Excmo. Sr. Cardenal Benavides y el Reverendo Nuncio de Su Santidad. Podrían, sí, en lugar de los banquetes y brindis con que suelen terminar los Congresos extranjeros, y que no han sido adoptados, sin pesadumbre de nuestra parte, por los nuestros, amenizarse algún tanto con algunas veladas, con intermedios de escogida música religiosa, en donde los socios pudiesen dar algún solaz á su espíritu, conocerse y estrechar los vínculos de una amistad y compañerismo duradero, que bien pudiera contribuir á la realización de las resoluciones tomadas por los Congresos.

En la citada carta del dignísimo Arzobispo de Sevilla vemos consignada otra observación muy digna de atención y aplauso. «Acompañan, dice, al Reglamento los puntos que se proponen al estudio de las indicadas secciones.—Son menos en número que los presentados en los Congresos anteriores; pero así se ha considerado oportuno, tanto por que no es posible ni prudente abarcarlo todo de una vez, como para que puedan estudiarse más á fondo, y tratarse con más detenimiento en los pocos días que dura el Congreso. Observará

igualmente que algunos lo fueron ya en los anteriores; pero se ha creido conveniente volver sobre ellos, por su importancia, para que tratándolos de nuevo, sea más fácil llegar á su resultado práctico, adoptándose los medios conducentes á que pasen de la esfera de conclusiones, en teoría aceptadas, á la de obras positivas y de resultados duraderos »

Esta justa apreciación del Prelado de Sevilla, vémosla confirmada por la série de los Congresos celebrados en otros países. Casi todos han ido reduciendo ó variando los temas de sus programas, existiendo algunos que vienen á tomar como el carácter de permanentes, pues son tratados más ó menos directamente en continuados Congresos. Así, por ejemplo, la santificación del Domingo, las Misiones y obras de propaganda entre los asuntos religiosos, aparecen en los programas de los diferentes Congresos celebrados en la Metrópoli, de Malinas, y lo que se trató con extensión en el de 1863, se ha repetido casi treinta años después en el de 1891. Lo mismo acontece con los a untos referentes á la enseñanza y educación, los de obras de caridad y materias sociales, los referentes á la prensa y difusión de buenas lecturas, los de arte, literatura y ciencias. Sucede, empero, como no puede menos de ser, que son estudiados los temas bajo nuevos puntos de vista, y siempre según la mayor importancia que han ido tomando en virtud de los acontecimientos y el desenvolvimiento de las ideas. Así vemos que la cuestión social iniciada por el Profesor de Lovaina, Perín, en el Congreso del 63, fué repetida

y ampliada en el de 1864, y en el programa de 1891 propónese con mayor extensión.

Por el carácter internacional de los citados Congresos, cobraron especial interés las discusiones habidas en el seno de las diferentes secciones. Es curiosa por demás la que tuvo lugar acerca de la santificación del Domingo en el Congreso de 1863 en la sección de obras religiosas. El Abate Paterson se expresó del modo siguiente: «Por mi carácter de inglés puedo decir algo acerca de la santificación del Domingo, y debo manifestaros la honda pena que sentí al poner el pié en el continente, viendo que en Francia no se observaba el descanso dominical. Un país que tan bellos ejemplos nos ha dado en otras cosas, en este punto ofrece un verdadero escándalo para los ingleses, que como vosotros sabeis, aman muchísimo la santificación del Domingo. Yo no quiero entrar en discusiones teológicas, ni examinar si el modo como observan los ingleses el Domingo, es ó no el mejor (pues tiene quizás algo del Calvinismo y no poco del carácter nacional); pero sí debo hacer constar que el Domingo en Inglaterra ofrece un espectáculo admirable: los almacenes cerrados, los trabajos suspendidos, lo mismo en las ciudades que en las aldeas; todo el mundo vive en las Iglesias.—La inobservancia del Domingo en Francia y Bélgica, proporciona á los adversarios de la religión católica un poderoso argumento contra ella. Por fortuna esta inobservancia no es general en todos los países católicos; así en Roma

quedamos edificados de la manera como el Domingo era santificado.—Yo lamento vivamente que haya decaido tanto la observancia del Domingo en Francia, y creo que con la práctica de las virtudes había de renovarse. Se hace grande elogio de los ingleses, y en efecto lo merecen; pero no puedo menos de reconocer que la observancia del Domingo en nuestro país no es siempre debida exclusivamente al sentimiento religioso: siendo protestante la nación inglesa, no puede superar á las naciones católicas en punto al respeto á los Mandamientos divinos. Si el Domingo es respetado en Inglaterra, débese en gran parte á los preceptos de la legislación.»

Mr. de Neve, Presidente del Seminario americano en Lovaina, añadió: «Creo deber hacer notar que en América es igualmente observado el reposo del Domingo, y que nuestra inobservancia produce malísimo efecto y es motivo de escándalo para los protestantes juiciosos, quienes formulan contra nuestra religión la pregunta siguiente: ¿Cómo es que, siendo vuestro país católico, guarda tan poco respeto á la santificación del Domingo?»

M. Siethle, misionero en Noruega, se expresa igualmente en estos términos: «Habito desde hace nueve años en un país protestante y he tenido ocasión de hacer las mismas observaciones que mis honorables consocios; más de una vez he expresado mi voto acerca de la conveniencia de que en los países católicos la legislación se conforme más, en este punto, con la de los países protestantes.

En Noruega como en Inglaterra, la ley ordena la observancia del Domingo, ó por lo menos impide la profanación, prohibiendo el trabajo; y si no prescribe las prácticas religiosas, por lo menos ordena el descanso. Soy de parecer que este descanso debe ser impuesto en todas partes, pues le considero no solamente como una ley cristiana, sino también como una ley social.

Noruega es un país sumamente liberal, casi democrático; y no obstante, el respeto del Domingo se ha llevado tan adelante, que la policía ha llegado á prohibir á los panaderos la confección del pan durante la noche del sábado; así es que, el Domingo, nadie puede comer pan tierno. Considero muy conveniente, que la legislación de los países católicos, se ocupe más en la santificación del Domingo.»

Sentimos verdaderamente no poder extendernos más acerca de esta importantísima discusión en que se trató la cuestión del descanso y santificación del Domingo desde todos los aspectos, tratándose también del modo de conseguir de las empresas de ferro-carriles la suspension de los trenes de recreo y que los empleados pudiesen observar los deberes religiosos.

Hemos indicado que en el programa del último Congreso celebrado en Malinas, en Septiembre del año anterior, se daba grande importancia á las obras sociales. La segunda sección presidida por el ilustre M. Woeste, representante de la Cámara de Diputados, ocupóse en efecto, de la creación de asilos, de las sociedades co-

operativas, cajas de ahorro, de las huelgas, de la organización de conferencias sociales, de las habitaciones de los obreros y medios de mejorarlas, formación de hojas católicas antirevolucionarias, de colonias penitenciarias, de la emigración etc.

Pues bien, veintiocho años atrás Mr. Perín, el célebre Profesor de la Universidad de Lovaina, cuyos estudios y obras de economía política y de cuestiones sociales son harto conocidos de todo el mundo científico, presidiendo idéntica sección, y hablando *de la misión social de la caridad*, decía en resumen: «El mundo moderno parece tiene el presentimiento de las grandes obras que está destinada á realizar la caridad; y el mismo ostracismo á que se le ha condenado, viene á ser como un homenaje tributado á su superioridad: las ataduras que sus mismos enemigos le han impuesto, son como una confesión y reconocimiento de la impotencia que sienten para resistirle. La caridad debe armarse para nuevos combates; después de la apostasía de los grandes, ha venido la apostasía de las muchedumbres; no sólo han perdido la fe, sino que además pierden la caridad. Ya no tienen vínculo que los una entre sí, ni con las clases superiores: la sociedad carece de unión y de solaridad: y por eso somos de parecer que ese estado de cosas no puede durar.

Importa sobremanera reavivar el reinado de la caridad de los débiles y humildes entre sí por medio de asociaciones obreras penetradas del espíritu cristiano; y se ha de procurar igualmente

que reina la caridad entre grandes ó poderosos y los humildes ó débiles, por medio de las instituciones de patronato.»

Y después de excitar la buena prensa á oponer un dique á la perniciosa que tantos daños causa al pobre pueblo, añade: «La Iglesia está destinada á ejercer el principal papel en la obra de regeneración del pueblo por medio de la caridad: su organización es completa, pero puede aún extender su influencia. Las cofradías que en muchas partes no son más que recuerdos, pueden aún revivir. Las órdenes terceras de San Francisco y Sto. Domingo nos parecen eminentemente adecuadas para restablecer entre ricos y pobres los dulces lazos de la fraternidad cristiana.—La Iglesia y el Clero, no puede, ni debe consentirse que lo hagan todo: los seglares deben asociar su actividad á los esfuerzos del sacerdocio. Desde este punto de vista las clases superiores tienen grandes é inmensos deberes que cumplir. Con frecuencia el mal ha descendido de arriba, y es preciso procurar que descienda igualmente el bien.—No debe desalentarnos la humildad de nuestras obras; porque por una gracia especial de Dios, las más humildes suelen ser las más influyentes.—Al modo de los primeros cristianos, nos hallamos colocados en frente de un nuevo paganismo; si no nos es dado establecer la comunidad de bienes materiales, debemos procurar la del patrimonio moral, la del sacrificio de la abnegación y de la caridad: *Con las antiguas virtudes hemos de alcanzar la formación de una sociedad nueva.*»

En el próximo artículo diremos algo más acerca de los trabajos de las secciones, y de su importancia desde el punto de vista científico y religioso.

VI.

VARIEDAD DE ASUNTOS EN QUE SE HAN OCUPADO LAS SECCIONES DE LOS CONGRESOS CATÓLICOS. — ACTIVIDAD EXTRAORDINARIA É IMPORTANCIA DEL PRIMER CONGRESO DE MADRID Y DEL SEGUNDO CELEBRADO EN ZARAGOZA. —ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES. — TEMAS HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICOS PARA EL DE SEVILLA Y OTROS DE FILOLOGÍA, FILOSOFÍA Y SOCIOLOGÍA.-CONGRESOS CIENTÍFICOS.

Nadie que no haya asistido á alguno de los Congresos católicos, y no haya formado parte de alguna de las secciones, entre las cuales suelen distribuirse los trabajos, puede formarse exacta idea de la multiplicidad de cuestiones que se tratan, ni de la actividad extraordinaria que despliegan todos los socios.

Al contemplar aquel hermoso espectáculo que ofrece un conjunto de católicos, los más de ellos Profesores distinguidos de nuestras Universidades é Institutos, unos; escritores notabilísimos, otros; oradores eminentes, éstos; propagadores celosísimos de la doctrina católica y de los principios sal-

vadores de la sociedad, aquellos: hombres de acción, empleados principalmente en fomentar los Círculos católicos, las Asociaciones obreras, las de la Juventud Católica, las de enseñanza, y todas las destinadas al fomento de la piedad cristiana y de todas las obras de caridad en favor de las múltiples necesidades de nuestros tiempos; uno se siente poseído de nobilísimo entusiasmo por nuestra santa Religión que tanta variedad de frutos produce en el mundo católico; cuyas verdades tan esplendentes rayos de luz derraman sobre las inteligencias, y cuyos sentimientos así mueven los corazones de todos hacia el bien obrar, y á extender los dominios de la ciencia católica y el reinado social de Jesucristo.

Si fijamos nuestra atención en los temas y trabajos que han sido objeto de estudio de las secciones de los diferentes Congresos, que han tenido lugar desde hace unos treinta años en las diversas naciones de Europa, desde el punto de vista científico-religioso, habremos de notar necesariamente que en todos ellos se han tratado las cuestiones referentes á literatura, historia, arte y ciencia á medida de la importancia que han adquirido estos conocimientos, de los errores sustentados, y del desarrollo ó extensión que han alcanzado en todas las Universidades ó centros docentes.

Por esto vemos que en los dos Congresos internacionales, celebrados en 1863 y 1864 en la Metrópoli de Malinas, no se dió tanta importancia á los estudios geológicos, biológicos ó de antropología, cuanta alcanzaron los referentes al ar-

te cristiano, á las rectificaciones históricas, á la dirección y purificación del gusto literario, de la ciencia crítica y de los estudios arqueológicos. Mas tarde, vemos que por virtud del crecimiento ó de los errores que invadieron la Historia y las ciencias antropológicas, y sobre todo de los sistemas transformistas de la escuela darwiniana y del positivismo moderno, surgieron los Congresos científicos para estudiar con preferencia los temas y cuestiones referentes á tan delicadas y difíciles materias. De la misma suerte el desenvolvimiento extraordinario é importancia que han alcanzado en nuestra época las cuestiones jurídico-sociales, ha dado origen á los Congresos jurídicos y á los que se han propuesto como objeto preferente el estudio de temas político-sociales y de las cuestiones obreras.

Así, no es de extrañar que en todos los Congresos católicos más recientes se haya dado lugar, en mayor ó menor escala, según las circunstancias de los diversos países, á temas de interés científico ó social. Esto sucedió en los recientes Congresos de Danzig, Malinas, Vizenza, Lodi, Valence y sobre todo en el primer Congreso católico nacional de Madrid.

Este primer Congreso católico español revela en el conjunto de los temas sometidos al examen y resolución de los socios concurrentes á las cinco secciones en que se dividieron, una actividad tan sorprendente como honrosa y consoladora para nuestra católica España. Aquel Congreso podría-

mos decir que de un salto, siendo el primero celebrado en nuestra nación, se colocó al nivel de todos los demás Congresos católicos celebrados en el extranjero. Allí se trataron y discutieron todos los medios más eficaces para reanimar la piedad cristiana y fomentar las Asociaciones católicas destinadas á la caridad y á la enseñanza. Allí con elevada ciencia y perfecto conocimiento de los males y deficiencias de los sistemas de euseñanza en los centros oficiales, se propusieron las conclusiones más acertadas para lograr la purificación del magisterio, no menos que el enaltecimiento y difusión de la ciencia católica entre la juventud, según corresponde y es de esperar de un Estado, que por fortuna todavía quiere conservar el timbre y honor de católico.

Se trató en la sección cuarta de cuestiones verdaderamente sociales y de utilidad pública; de los medios de mejorar la situación económica y moral del obrero; de la historia comparativa y beneficios de los sindicatos agrícolas; de los patronatos, círculos y escuelas de artes y oficios para la clase obrera; de la necesidad de remediar los inconvenientes del trabajo de las mujeres y de los niños en los grandes centros de producción; de la necesidad de instalar Capillas públicas para el cumplimiento de los deberes religiosos, y de escuelas para la educación de los niños en los centros fabriles; de los medios para mejorar física y moralmente á los encarcelados, y de la necesidad de establecimientos de reformas penitenciarías para jóvenes; de los medios de impedir la esclavitud

en el continente africano, en conformidad con los deseos de la Santa Sede; y en una palabra, de cuanto puede contribuir á proporcionar auxilios é instrucción saludable á las clases obreras y remediar el pauperismo contemporáneo.

Nada diremos acerca de la importancia y de los múltiples puntos de estudio que abrazó la sección quinta, comprensivos de todo cuanto fué objeto de examen y discusión en los Congresos extranjeros acerca de la necesidad de moralizar las obras literarias y combatir el naturalismo y realismo de sus producciones; de la conveniencia de publicar una colección, expurgada, de clásicos españoles y difundirlos á precios económicos; de cristianizar el teatro moderno; de fomentar el arte cristiano y la música sagrada en los templos de España, para no merecer las censuras que hace algunos años leimos en una publicación de Alemania, en donde un sabio escritor y profesor de Arqueología, Mr. Gerber, dando cuenta de sus viajes por España, decía, con dolor, que la música y el órgano en las Catedrales de nuestro país más bien parecían destinados á fomentar la disipación del espíritu, y el recuerdo de las óperas y bailes, que no la devoción y el recogimiento.

Por las razones anteriormente expuestas, apareció en el programa de ese memorable Congreso católico de Madrid una série de temas antropológicos, que no fueron tratados en los primeros Congresos del extranjero, ni en muchos de los posteriores, si exceptuamos los científicos celebrados en París y el último Congreso católico de

Malinas en 1891. La sección segunda de ese primer Congreso español se propuso desde luego dar una definición exacta de la ciencia en general, y establecer una línea divisoria entre los conocimientos humanos de carácter científico y los que no lo son; buscar las diferencias características entre los seres vivientes y los inorgánicos, entre los vegetales y los animales, y sobre todo los caracteres de los seres dotados de inteligencia. En esta sección se combatieron las erróneas teorías prehistóricas, contrarias á la narración mosáica, de la creación del mundo y de la antigüedad del hombre; los errores y vicios de la escuela darwiniana y del evolucionismo absoluto; en ella, en fin, se debatieron todos los puntos y cuestiones de mayor trascendencia para la ciencia católica y la dignidad de la especie humana.

En el Congreso católico de Zaragoza se consideró oportuno descartar esta sección de estudios científicos para ocuparse con preferencia en los asuntos religiosos, en los de enseñanza y de caridad, como de mayor urgencia é interés práctico para bien de las almas y remedio de las necesidades que siente la sociedad española, estableciéndose, aunque á última hora, á propuesta del Reverendo Prelado de Barcelona, una sección destinada á tratar exclusivamente la cuestión social ú obrera por la indisputable importancia que adquiere en nuestros días, y la reconocida necesidad de que el Clero y todos los católicos más celosos é ilustrados fijen su atención en ella, y mediten los medios más adecuados para prevenir y evitar los

conflictos que amenazan al orden y estabilidad de las sociedades modernas.

En cambio vemos con placer que en el programa del próximo Congreso católico nacional de Sevilla se establece una sección cuyo fin es estudiar los modernos descubrimientos astronómicos en sus relaciones con la doctrina revelada, examinar desde el punto de vista crítico-religioso las investigaciones protohistóricas realizadas en la segunda mitad de nuestro siglo; refutar los múltiples errores de la prehistoria; hacer ver la influencia de las doctrinas positivistas en los modernos sistemas sociológicos, la necesidad de promover el estudio y restauración de la filosofía tomista, no menos que el fomento de los estudios histórico-egiptológicos para sostener en buen terreno la controversia científico-religiosa de nuestra época. Y por fin se reproducen algunos de los puntos ventilados en el primer Congreso de Madrid, tocantes á las ciencias antropológicas, para impugnar los errores modernos sobre el origen del hombre, y especialmente aquellos que, con aparato científico, se oponen á la antropogonia mosáica.

Este movimiento científico-religioso de nuestros Congresos nos mueve á producir algunas citas de los eminentes oradores que tomaron parte en el Congreso de Malinas celebrado en Septiembre del año último. Mons. Hulst decía: «Debemos extender nuestra influencia; la gran importancia numérica pertenece á las muchedumbres; la gran importancia dinámica pertenece á la gran sociedad

escogida.—La ciencia es uno de los medios de influencia más necesarios en nuestros días.» Mr. Berthelof decía no ha mucho: «Las investigaciones teóricas que se hacen en el silencio de los laboratorios, son las que llevan á cumplimiento los grandes progresos prácticos. Edisson no hubiera descubierto nada, si al principio de este siglo Ampere y Karadai no hubiesen abierto el campo de la electricidad dinámica. Lo mismo ocurre en las ciencias biológicas y en la medicina. ¿No ha tenido acaso Pasteur gran influencia en su progreso?—Hoy día se ve combatida la religión y quiere reconstruirse la filosofía; hay tantos filósofos como sabios; y asistimos por lo tanto á lastimosas y extrañas reformas de la moral y de las leyes sociales. Háblase de moral científica, moral que no contiene ni un átomo siquiera de verdadera ciencia.»

Mr. Kurth dijo: «La ciencia sin Dios tiende á aproximar al hombre á la bestia, á hacer de él, que es hijo de Dios, el hijo del mono.» Corre parejas con aquella ciencia ese arte sin moral que se llama la pornografía corruptora de la juventud.»

El Rvdo. Dr. Bainard Keyn de la Universidad de Dublín dijo: «He oido á uno de vuestros historiadores más distinguidos, á uno de vuestros más grandes oradores, Mr. Kurth, decir que la introducción de la sección de artes, ciencias y letras en los programas del Congreso de Malinas, era una innovación. He admirado la sabia oración del Rector de la Universidad de París, en favor de la alta ciencia. Día llegará en que se reconozca la

perspicacia de estos oradores.—Yo represento en la Universidad de Dublin la enseñanza de las ciencias biológicas; deseo llamar vuestra atención sobre la importancia de las mismas, importancia que no nos permite dejarlas á nuestros adversarios.—Se nos habla, en Inglaterra sobre todo, de la doble Biblia: de la Biblia revelada y de la Biblia de la naturaleza. Se dice á veces que la primera no es conocida de los católicos. Yo digo que es falso, que es una calumnia.—Yo afirmo que la ciencia biológica debe pertenecernos, y que es necesario que hagamos un esfuerzo para conquistarla. Exijamos que los filósofos conozcan la ciencia de la vida tanto como Alberto el Grande y Santo Tomás de Aquino. Seamos tan biólogos como ellos y la batalla está ganada.—He consumido algunos años en el estudio de la ciencia de la vida, y puedo declarar con toda sinceridad, que si he encontrado teorías que me han espantado, no he tropezado con un solo hecho capaz de infundirme pavor.—Deben los teólogos dedicarse al estudio de la biología. Yo espero que la juventud católica no vacilará en emplear sus ocios en el estudio de la naturaleza. Es preciso saber encontrar á Dios por todas partes:»

Conocido es el origen de los celebrados Congresos científicos de París, que tanto interés han despertado entre todos los sabios del mundo católico, y que consideramos destinados á producir inmensos bienes en la mayor parte de los entendimientos ofuscados ó extraviados por los errores de la ciencia moderna: pues bien, no pue-

de negarse que en los trabajos y producciones de esos memorables Congresos la apologética cristiana hallará un arsenal abundantísimo de conocimientos y de armas del mejor temple con que combatir á los principales enemigos de la Religión católica.

Las reuniones regionales de los católicos del norte de Francia especialmente las de 1883 y 1885 debieron de notar que existía un vacío en los trabajos de aquellos Congresos; y que la iniciativa católica tomando con gran empeño los asuntos de enseñanza, de piedad, de celo y de obras de caridad, poco ó nada se ocupaba en los referentes á las ciencias modernas. Comprendióse luego que la fe en nuestros días recibe principalmente los ataques del campo de los cultivadores de la ciencia; y que sin minorar los sacrificios en favor de esas obras de caridad y de celo, debían emplear su actividad en favor del movimiento científico para oponer un dique á las corrientes ateas ó heterodoxas de la ciencia moderna. Débese principalmente el origen de esos Congresos científicos á la poderosa iniciativa del Canónigo *D'Huilet* de St.—Projet, célebre autor de la *Apología Científica del Cristianismo*, al naturalista católico Marqués de Nadaillach, y á los sabios católicos de diferentes países que se reunieron en Ruan, bajo la dirección inteligente del Sr. Obispo de aquella Metrópoli en Diciembre de 1885. (1)

(1) Compte—Rendú de la sen Assemblée generalée des Catolique de Normandie Rouen. 1882

En esta memorable asamblea después de haberse expuesto las diferentes opiniones de los sabios congresistas reunidos, y discutido los diferentes proyectos presentados, se tomaron los acuerdos acerca de la conveniencia de reunir en Congresos internacionales científicos los sabios más distinguidos de los diferentes países, y que con mayor fruto se dedicasen al cultivo de las ciencias desde el punto de vista católico; y considerando que esta clase de Congresos para producir verdaderos frutos en pró de la ciencia y de la Apologética católica, no podían improvisarse, ni repetirse con la frecuencia de los Congresos católicos, convinieron en que sólo se reuniesen cada tres años, y que el primero se celebrase en París y en la primera quincena de Abril de 1888. Nombróse la Junta organizadora, y acordóse distribuir los trabajos en las seis secciones siguientes: ciencias religiosas, ciencias filosóficas, ciencias jurídicas, ciencias históricas, sección de antropología y otra de ciencias matemáticas y físico naturales. Posteriormente en el Congreso científico celebrado en Abril de 1891, acordóse aumentar los trabajos con otra sección de estudios filológicos.

En estos Congresos científicos, á más de ocuparse en los objetos propios de cada ciencia y de sus adelantos, se trató: de los medios de dar impulsión y dirección en nuestros días á las investigaciones científicas de los sabios católicos y del método que convendría seguir para hacer estas investigaciones más provechosas á la causa

del cristianismo, sin sacrificar nada de la más pura ortodoxia, ni de la sinceridad científica más completa.

Para que se vea la vasta extensión que han alcanzado los trabajos de estos Congresos científicos, bastará enumerar las secciónes en que se dividieron las tres clases principales de estudios; la primera, de ciencias filosófico sociales, se dividió en cinco secciones: la de teodicea, la de metafísica general y cosmología, la de psiscología, y psico fisiología, la de derecho y la de economía político-social. La segunda clase de trabajos pertenecientes á las ciencias exactas y naturales se dividió en las cinco secciones siguientes: la de matemáticas, mecánica y astronomía; la de física y química: la de zoología, biología y filología. Por fin la tercera clase, referente á las ciencias históricas, dividióse igualmente en otras cinco secciones: orígenes del Cristianismo; historia de la Iglesia y su influencia social: historia comparada de las religiones, y la de arqueología cristiana.

En el programa, que para el Congreso de 1888 se envió á todos los sabios católicos más eminentes de diferentes países, insertáronse juntamente con los nombres de los presidentes y miembros de las varias secciones, los puntos principales que debían de tratarse en las mismas; pero se cuidó de advertir que el cuestionario era puramente indicativo y no limitativo; que la comisión organizadora sólo se había propuesto sugerir á los sabios la idea de los puntos, cuyas investigacio-

nes podían interesar más á las creencias espiritualistas y cristianas, pero que estaba dispuesta á recibir todo trabajo de valor verdaderamente científico, aun cuando no tuviera por objeto la apología directa ó indirecta de la fe católica.

En tales Congresos además de la importancia de los trabajos científico-religiosos, es de admirar cuánto se ha meditado en perfeccionar su organización. En el *Compte-rendu* ó Crónica del Congreso celebrado en París en Septiembre de 1888, ya que todavía no se ha publicado la que ha de dar cuenta de los trabajos presentados en el último de Abril de 1891, (1) podrá verse la perfecta organización que reina en tales Congresos científicos, y la variedad sorprendente de las materias en que se ocuparon los sabios católicos.

Es de sentir que no hayan sido más concurridos por los cultivadores de las ciencias en España; pues al primero sólo asistió el ilustrado catedrático de Zaragoza Sr. Hernández Fajarnés —cuyo trabajo sobre *reforma de la Cosmologia* llamó justamente la atención; y al último el no menos ilutrado Sr. Cepeda, Profesor de la Universidad de Valencia, cuyo trabajo sobre la cuestión social ú obrera fué con razón celebrado.

Estos Congresos además de los servicios que

(1) Hoy se halla ya publicado el *Compte-rendu* de este memorable 2.° Congreso científico de París; comprende ocho volúmenes Véndese en París: librería de Alphonso Picard—rue—Bonaparte—82.

de ellos reporta la defensa de la religión, son un medio eficacísimo para que los sabios salgan de su aislamiento, y en ellos reunidos, vean sus opiniones ó trabajos científicos sujetos á elevada controversia y respetuosa ó amigable discusión. El contacto establecido entre hombres de ciencia, que se dedican á trabajos de igual ó parecida índole, en las secciones correspondientes, permite ver más claro en los asuntos que son de su competencia, dando lugar frecuentemente á rectificaciones de juicios.

Algunos de los trabajos, monografías y tratados sobre ciertas materias científicas que en el último Congreso de París se presentaron, como también los publicados en la Crónica del anterior Congreso, son verdaderamente notabilísimos, y demostrarán siempre á la presuntuosa incredulidad, que la ciencia no sólo no está reñida con la Religión, sino que careciendo de sus luces queda privada en cierta manera de hacer verdaderos progresos; que en muchísimas materias la fe es la que más ilustra las inteligencias y sugiere las hipótesis más luminosas.

Por eso no podemos menos de celebrar la exactitud de las apreciaciones emitidas por Su Ema. el Cardenal Arzobispo de Malinas al abrir el último Congreso católico celebrado en Septiembre de 1891 en su metrópoli, cuando después de haber hablado de los asuntos religiosos, de enseñanza y de caridad, decía con su acostumbrada elocuencia; «En el mismo orden de ideas, aunque en esfera más elevada, debemos tener pre-

sente la necesidad que algunas inteligencias sienten de que se les demuestre la conciliación y admirable armonía de las ciencias humanas con el orden sobrenatural.—*La ciencia no es atea.* Demostremos una vez más, de un modo irrefutable, que todas las ciencias vienen de Dios y á Dios conducen, sirviendo así á la glorificación de la verdad cristiana.

Quiera Dios que el movimiento católico producido por los Congresos de nuestra patria en el orden religioso se comunique también al orden científico; y que los sabios profesores ó cultivadores de los diferentes ramos del saber, que todavía se cuentan en gran número, por dicha de la juventud, en nuestras Universidades, Seminarios é Institutos, y en muchas otras Corporaciones ó Academias españolas, continúen valerosos é infatigables en el estudio de esas ciencias que tantos bienes han de producir á la religión, bien dirigidas y saneadas de los errores de la heregía, del socialismo y del positivismo moderno. Confiemos en Dios que nuestra católica España podrá reconquistar, aún en nuestro siglo la justa fama y legítitimas glorias que supo alcanzar con asombro de todas las naciones en los siglos de oro en que brillaron tantos teólogos insignes, tantos filósofos y jurisconsultos, tantos naturalistas y literatos; de mostrando para eterna confusión de los incrédulos y racionalistas modernos que la fe, lejos de ser una rémora para el progreso de las ciencias, como hizo notar el malogrado Apologista Causette, abre al entendimiento hu-

mano nuevos horizontes viendo el mejor de los telescopios.

En el próximo artículo, con el favor de Dios, daremos conclusión á esta serie de observaciones manifestando nuestro humilde sentir en lo tocante á la organización de los Congresos católicos.

VII

RESUMEN.—PARALELO ENTRE LOS CONGRESOS CATÓLICOS DE ESPAÑA Y LOS DE ALEMANIA Y BÉLGICA.—TÉRMINO DE LAS DIVISIONES ENTRE CATÓLICOS: *Reglas prácticas* DADAS POR LOS SRES. OBISPOS EN EL CONGRESO DE ZARAGOZA.—PERFECCIONAMIENTO POSIBLE EN NUESTROS CONGRESOS.—NECESIDAD DE UNA JUNTA SUPERIOR PERMANENTE, ACTIVA, INTELIGENTE Y ORGANIZADORA.—EL ASUNTO MÁS TRASCENDENTAL: FORMACIÓN DE UN CENTRO VERDADERAMENTE CATÓLICO EN AMBAS CÁMARAS: DEBER DE INTERVENIR TODOS LOS CATÓLICOS EN LAS ELECCIONES.—CONCLUSIÓN.

De la serie de artículos anteriores, que terminamos con el presente, habrá podido inferirse cuán grande sea la importancia de los Congresos católicos, cuánta su trascendencia en el movimiento científico, religioso, moral y social de una nación; y sobre todo, cuán provechosos han debido ser sus resultados en beneficio de la acción católica en los diversos países donde se han celebrado.

También por la historia de esos Congresos católicos, que tuvieron su origen en Alemania, (1) cosa de medio siglo há, se echa de ver claramente que su influencia en el mundo moderno ha sido persistente y en muchos casos decisiva para los intereses de la religión, la propagación de la fe, la defensa de los derechos de la Iglesia y del Pontificado; y muy particularmente para tener un claro conocimiento del estado moral y religioso de las naciones, de las luchas que ha de sostener el catolicismo, de las fuerzas y elementos con que cuenta, y de las medidas que se han considerado necesarias para conseguir, á la par que el renacimiento del espíritu católico, la organización más perfecta de los medios de acción que han de utilizar esas poderosas fuerzas católicas, si es que se quiere llegar al triunfo apetecido de la fe y del Pontificado; y á la regeneración religioso-moral de las sociedades modernas.

Dejando á un lado todos esos puntos de vista, con que más ó menos extensamente hemos examinado en los artículos anteriores, la importancia é influjo de los Congresos católicos de nuestra época, hayan sido nacionales, ó internacionales, creemos que en el presente artículo final debemos ceñirnos al examen y porvenir de nuestros Congresos católicos españoles.

No puede negarse que han tenido un comienzo felicísimo, y que es dado esperar continuarán cada

(1) Véase la obra *Catholiques Allemands par A. Kasenengieser*, Paris, lib. Lethielleux, rue Cassette 10,

día con mayor esplendor y con más perfecta organización. A los reparos que algunos de los más importantes y distinguidos miembros de los Congresos de Madrid y Zaragoza, deseosos del mejor éxito é impacientes por ver inmediatamente sus resultados prácticos en nuestra católica España, fueron dirigidos al Emmo. Sr. Cardenal Benavides, su dignísimo presidente, y otros de los Reverendos Prelados que con mayor eficacia y voluntad decidida dieron impulso á los mismos, respondía el sabio experto Cardenal presidente: «que era necesario pasar primero por la prueba de los ensayos para llegar más tarde al perfeccionamiento suspirado;» y de acuerdo los Obispos con el parecer de su respetabilísimo Presidente convinieron en que con la repetición de los Congresos en nuestra amada patria, vendría á descubrirse cuanto hubiese de deficiente ó defectuoso para corregir más tarde y perfeccionarse hasta lograr que nuestros Congresos, respondiendo á las necesidades religioso-morales de nuestra católica nación, viniesen á satisfacer las laudables aspiraciones de los socios más exigentes.

Nosotros no dudamos que si los Congresos de Madrid y Zaragoza no hubiesen tenido que ocuparse de modo tan preferente en la minoración ó extinción de las dolorosas disensiones que, por causas secundarias más ó menos políticas ó personales, llevaban perturbados los ánimos de gran parte de los sócios, nuestros Congresos habrían entrado desde un principio en una marcha más tranquila y grandemente provechosa para

fomentar los intereses religiosos, resolver los más importantes problemas, ocuparse con mayor unidad de miras y de espíritu en la dilucidación de los varios temas para alcanzar en breve los felices resultados, que tantos años de trabajo y organización costaron á los católicos alemanes en sus reiterados Congresos.

En Alemania el gran Windthors, (1) con haber sido el primer ministro del Rey de Hannover, no titubeó en sofocar en aras de la religión las predilecciones íntimas de su ánimo, en olvidar sus gloriosos antecedentes históricos, como hombre político, para entrar de lleno y dedicarse con voluntad inquebrantable á la pacificación de los ánimos y á la defensa de los intereses católicos en el imperio alemán. Aceptando la legalidad existente se consagró, con heróica solicitud y empeño, á reavivar la fe de todos los súbditos católicos, á estrechar los lazos de su unión y á procurar exclusivamente la formación de un *Centro católico*, que, en las altas Cámaras, pudiese hacer oir los clamores de los católicos del Imperio, y obtener la modificación ó derogación de todas las leyes atentatorias á la libertad ó derechos de los católicos oprimidos. Los Congresos de los católicos alemanes, no descuidando tratar de todos los asuntos de piedad, caridad, controversia y demás que interesaban á los mismos, movieron maravillosamente el espíritu religioso para lograr en breves años el preferente obje-

(1) *Louis VVindthorst* en *Allemagne et lerole du Clerge en France* —par L Descorsant e Paris=Locoffre.

to anhelado por el sabio é inteligente *Leader* de los católicos alemanes.

En Bélgica cuando los célebres hombres políticos y católicos Barón de Gerlache, Jacob, Ducpetiaux, Durmontier, y otros esclarecidos católicos y hombres de Estado, pretendieron por medio de los Congresos católicos, protegidos por el Episcopado, la reforma religioso social de aquella nación heróica, no tropezaron con ninguna cuestión dinástica, ni otra meramente política; las dificultades que hubieron de vencer, fueron principalmente los diversos criterios que había sobre el modo de conseguir la armonía de las libertades constitucionales con los principios católicos; que entonces, más que ahora, traían divididos los ánimos, aun de los hombres más eminentes y experimentados. Los Congresos contribuyeron á esclarecer todas las cuestiones que giraban sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado, concluyendo, con una casi general uniformidad de criterio, que venía á sintetizarse: en procurar la defensa de la libertad para todos los católicos en el ejercicio de su culto y de la enseñanza cristiana, y en impedir que el Gobierno del Estado pasase á manos del masonismo ó de los radicales.

En nuestra España, merced á las reiteradas súplicas del Romano Pontífice, y al celo, sabiduría y paternal solicitud del Episcopado, bien puede afirmarse que después del Congreso de Zaragoza y de las memorables *Reglas prácticas*, las divisiones entre los católicos han terminado;

y aun cuando hayan quedado algunos restos de tan lamentables divisiones, es dado vaticinar que serán siempre impotentes para impedir la nobilísima empresa de la gran mayoría de los católicos españoles, resueltos á marchar compactos y unánimes, bajo la égida salvadora del Papa y del Episcopado. La unión se impone más cada día, y la organización perfeccionada de todas las fuerzas católicas habrá de dar en nuestra patria más excelentes resultados que en otros países, ya que, por fortuna, España persevera queriendo ser católica ante todo; y á pesar de la calamidad de los tiempos los cultos disidentes no han podido prevalecer, ni los gobiernos hánse atrevido á prescindir del catolicismo, ni á romper sus relaciones con la Santa Sede.

Si se nos pidiera nuestro humilde sentir en punto al perfeccionamiento de nuestros Congresos, nosotros, después de la experiencia de los dos tan gloriosos celebrados en Madrid y en Zaragoza, y del ligero estudio de los Congresos católicos extranjeros, nos atreveríamos á pedir que en todos los Congresos sucesivos, se presentase en la primera sesión pública una memoria detallada de los frutos y resultados que dieron los anteriores Congresos: memoria comprensiva además, de todas las fundaciones ó asociaciones que fueron producto del Congreso ó Congresos antecedentes, del número de Círculos de obreros, centros Eucarísticos, de caridad y otras obras católicas; de los periódicos, revistas, libros ó escritos apologéticos, debidos á las resoluciones to-

madas en dichos Congresos; y en una palabra, de todo cuanto más ó menos directamente haya sido fruto práctico de tales Congresos.

Tampoco consideraríamos inútil la publicación del programa de los temas discutibles en un Congreso ulterior la designación de algunos Vice-presidentes y Secretarios, que hayan de formar parte de las mesas en cada una de las secciones; y aun tal vez el señalamiento de sustentantes ó ponentes de cada tema, para que de esta suerte esas personas designadas de antemano se dedicasen de un modo especial al estudio de las materias propias de cada sección. Esas personas, además, teniendo en cuenta los pocos días de que disponen los Congresos para la discusión de los varios temas ó la lectura de los trabajos presentados, podrían dar á conocer en resumen todos aquellos que por su demasiada extensión no pudiesen ser leidos en el seno de cada una de las secciones. Esa laudable práctica ha sido adoptada por la mayor parte de los Congresos extranjeros.

Evidente es que la perfecta organización de los Congresos depende de las Juntas directivas. Enhora buena que se deje amplia libertad á las nombradas en las ciudades, donde hayan de celebrarse los nuevos Congresos, según la discreción de los Rvmos. Prelados Presidentes; pero nosotros consideramos además indispensable, según la experiencia ha demostrado en otros países, la existencia de una Junta superior directi-

va encargada de recoger todos los datos referentes á los diversos Congresos, y de archivar los principales documentos ó trabajos que, después de celebrados, no hubiesen sido reclamados ó devueltos á sus autores. Esta Junta superior debería también encargarse de mantener una comunicación periódica ó permanente con todas las Juntas diocesanas, y proporcionar, en hora oportuna, todos aquellos datos y observaciones que estimasen convenientes, á los Sres. Presidentes de las Juntas que se hubiesen nombrado para preparar la organización de los nuevos Congresos. Opinamos que esa Junta superior directiva tiene naturalmente indicado su asiento en la capital del Reino; y que al Excmo. Sr. Obispo de Madrid, asociado, si se quiere, de los Prelados Senadores, ó de algún otro, debiera corresponder la presidencia.

Muy conveniente nos parecería que en esa Junta directiva superior, tuviesen representación todas las provincias eclesiásticas de España, cuyos Metropolitanos podrían designar una ó dos personas residentes en Madrid, quienes, en todos los asuntos, que lo creyesen necesario ó conveniente, podrían consultar á los referidos Metropolitanos. Esta Junta superior directiva debiera celebrar frecuentes reuniones, ó por lo menos reunirse dos veces cada mes; podría dividirse en varias secciones con sus secretarios propios y tratar de todos los asuntos ó cuestiones especiales de cada sección, para dar luego cuenta á la Junta general; pues á nadie se oculta la gran con-

veniencia de la repartición de los trabajos en todo género de Juntas. Y aun si fuese dable constituir un fondo para que esa Junta superior pudiese atender á los gastos necesarios, con los sobrantes de las subscripciones ó donativos especiales, conforme lo hemos visto practicado en Bélgica y otros puntos, nosotros seríamos de parecer que la Junta general, ó cada una de las secciones de la misma, tuviese algunos secretarios ó amanuenses retribuidos; ya que difícilmente los individuos de mejor voluntad de esas Juntas, pueden dedicarse durante todo el año á los trabajos que originan los Congresos, ni sostener una correspondencia frecuente con todas las Juntas locales ó diocesanas de la nación.

Para alcanzar la perfecta organización de los futuros Congresos y sostener el impulso comunicado á los católicos españoles por medio de aquellos, creemos necesario mantener frecuente comunicación ó correspondencia con las Juntas diocesanas que suelen constituir el nervio principal de la organización y del movimiento católico en todo país y en orden á los Congresos católicos. Estas Juntas en España puede decirse que en todo el año, si se exceptúa el período próximo á la celebración de un nuevo Congreso, se cansan de no hacer nada; apenas son consultadas; pocos ó ningunos datos se les piden, y parece que solamente han sido creadas para procurar y dar cuenta de las subscripciones alcanzadas en cada una de las Diócesis.

Y la verdad es que hay mucho que trabajar, si es que la Junta directiva superior ha de conseguir que los futuros Congresos resulten cada día, más provechosos para la religión y nuestra sociedad. En los primeros Congresos celebrados en Malinas, á propuesta del inteligente Secretario general Mr. Ducpetiaux, tomóse el acuerdo de hacer una extensa estadística católica para recoger y ordenar, ó tener á la vista, los datos necesarios que diesen á conocer la situación, el desarrollo y el progreso del catolicismo en los diferentes países; sus necesidades y los medios empleados para satisfacerlas. Se consideró de gran interés y utilidad la formación de estadísticas particulares que, de un modo el más exacto y completo posible, diesen á conocer las obras, las instituciones religiosas, cuyo objeto fuese el fomento de la piedad, de la caridad, de la educación ó del arte cristiano: y que proporcionasen los datos acerca del número de católicos, de la cifra de los sacerdotes, de las Órdenes religiosas, de los establecimientos dedicados al culto, y de cuanto pudiera interesar al conocimiento del estado general de la civilización cristiana. Pues bien, nosotros somos de parecer que esas estadísticas debiera proyectarlas y proponerlas, en utilidad de los futuros Congresos, la Junta directiva superior de nuestra España católica; y por este medio podría darse trabajo y comunicar vida á todas las Juntas diocesanas constituidas, y á todos los centros católicos de la nación.

¿Qué duda hay en que se reportaría grande utilidad de la relación de semejante estadística en España? Podría formarse una estadística curiosa y provechosísima del número de catedráticos católicos existente hoy en todas las Universidades, Institutos y demás Centros docentes del Estado, haciéndose constar en la misma, el número de todos aquellos que merecieren calificación de heterodoxos, racionalistas ó no católicos. Podrían recogerse los datos necesarios para calificar las obras de texto, libros de enseñanza ó de lectura que en esos centros fueren adoptados, y que merecieren la aprobación ó censura de las autoridades eclesiásticas. En estas estadísticas acerca de la enseñanza cabría perfectamente designar el número de establecimientos ó escuelas láicas, protestantes ó de otra índole perniciosa para la religión.

Y con respecto á la prensa católica, ¿no sería dado procurarse igualmente datos utilísimos para poder conocer y clasificar todos los periódicos, revistas, publicaciones, ilustraciones y demás órganos de la prensa existentes en España? Mucho convendría determinar las de carácter católico, y las que debieran reputarse heréticas, inmorales, irreligiosas, inspiradas por la incredulidad ó el masonismo. Así también convendría determinar el número de librerías ó imprentas católicas, y las que deben reputarse como de propaganda herética, impía ó anticatólica. Debieran pedirse datos acerca del número é índole de todas las asociaciones y círculos de obreros católicos existentes en España,

y el de las sociedades de propaganda ó índole desmoralizadora.

Pidiendo estos y otros muchísimos datos á las Juntas diocesanas para formar esas importantísimas estadísticas y obtener el más perfecto conocimiento de nuestra España desde el punto de vista moral y científico religioso, podría apreciarse mejor el grado de actividad de los católicos y el de los enemigos de la religión ó sectarios; cabría calcular en qué puntos de la nación conviene excitar más el celo de los católicos para contrarrestar la propaganda y esfuerzos de la impiedad; podría apreciarse en dónde conviene más fomentar la creación de los buenos periódicos, escuelas, círculos, obras de caridad, misiones, peregrinaciones y otras empresas moralizadoras. Todos esos datos, además, servirían admirablemente para la formación de las memorias que los secretarios debieran leer al principio de los nuevos Congresos.

Estos Congresos católicos, por otra parte, debieran fijar su atención principalmente en una obra ó en un punto, el que considerasen de mayor utilidad ó urgencia, y tomar las resoluciones convenientes para su realización, de suerte que tal obra pudiera considerarse como el fruto especial de tal Congreso.

Pero antes de dar término á esta serie de artículos séanos permitido indicar el punto de examen ó meditación que debiera someterse á la Junta superior directiva y ocupar preferentemente la atención de los miembros más distinguidos de

los Congresos católicos españoles. Por lo que revela la historia de estos Congresos en Alemania, Suiza, Bélgica, Francia y demás países, bien se comprende que el asunto que más ha preocupado, y viene todavía ocupando la mente de los católicos más esclarecidos, es la cuestión de la reforma legislativa de los diferentes países en armonía con las creencias católicas ó la libertad cristiana. Todos los hombres más eminentes han apreciado casi con uniformidad de criterio que, dado el estado actual de las legislaciones y la índole de los Gobiernos, los católicos sienten la necesidad de organizarse y trabajar en unión compacta en todas partes, con valor y perseverancia, en defensa de la religión y de los intereses católico-sociales. Y como quiera que las reformas legislativas, cien veces pedidas por los Rdos. Prelados y los católicos, casi siempre han resultado poco menos que estériles, cuando no se toma parte en la misma formación de las leyes, ni se tiene participación en el Gobierno ó en las Cámaras, de ahí que hoy la acción católica vaya dirigida muy particularmente á constituir grandes agrupaciones de ciudadanos católicos para que descendiendo al terreno legal, según las varias instituciones políticas de las diferentes naciones, presenten sus candidatos para las Cámaras, ó representación del país, y den sus votos á los católicos más distinguidos é influyentes. Sin una mayoría de Diputados ó Senadores católicos se hará siempre imposible la reforma de la legislación de un país en sentido católico. Sin una minoría

respetable, por lo menos, en las Cámaras, las peticiones de los católicos quedarán casi siempre desatendidas.

Los Gobiernos, cuando no son católicos, no suelen prestar atención á las quejas y reclamaciones de los ciudadanos católicos, ni aún tal vez del Episcopado, mientras esas quejas y reclamaciones no sean producidas dentro de los mismos Parlamentos. Las lecciones que hemos recibido de la historia moderna por lo acontecido en la formación del *Centro católico* en el Reichstag de Alemania, del partido católico en Bélgica, y últimamente en la formación del proyectado en la vecina República de Francia, no menos que el que se proyecta en Inglaterra y otros países, deben ser utilizadas por los católicos españoles. Siguiendo las enseñanzas pontificias del sapientísimo León XIII, urge que todos los católicos den de mano á las cuestiones secundarias ó de interés personal, para encaminar sus esfuerzos, en perfecta unión, á las grandes luchas que habrá de sostener el catolicismo en los tiempos modernos en la generalidad de las naciones, sin que nos sea dado poder exceptuar de este número á nuestra católica España.

Cierto que, por favor especial de la Divina Providencia, nuestra amada nación ni se halla tan invadida por cultos disidentes, tan enfriada ó pervertida en punto á las creencias religiosas, ni quizás tan corrompida ó maleada en las costumbres como otras naciones; pero indudablemente la influencia de los enciclopedistas y el espíritu revolu-

cionario de Francia ha venido inoculando, desde principios de este siglo, sus errores, doctrinas y máximas anticatólicas en nuestro país, habiendo llegado á extraviar á muchos de los hombres políticos que la han gobernado. Las Cámaras y los partidos resiéntense todavía de esa influencia errónea y perniciosa de las ideas y sistemas que han predominado en los gobiernos, y que más ó menos intencionalmente fomentaron en los centros oficiales y docentes del Estado. No es, por tanto, maravilla, que se haga necesaria una reforma en nuestra legislación, si queremos precaver á la juventud y generaciones futuras de los extravíos padecidos y de los males sociales que á todos amenazan.

Por esto, creemos de absoluta necesidad que los Congresos católicos, la Junta directiva superior, y todas las diocesanas, se esfuercen y trabajen incesantemente en agrupar á todos los verdaderos católicos para elegir, de entre ellos, los individuos más probos, inteligentes y valerosos que pueden ser mañana dignos de sus votos en las futuras elecciones; y que se acometa con grande empeño esta empresa salvadora hasta conseguir que en ambas Cámaras tengan los católicos españoles una mayoría, ó cuando menos, una minoría respetable por su influencia, que logre hacer oir su voz en defensa de sus derechos é intereses católicos, y alcanzar la ansiada reforma de nuestras leyes en sentido católico. No podrá salvarse nuestra nación de los peligros que otras corren, sin que la influencia católica se haga sentir poderosamente en nuestros Parlamentos, logrando imprimir en la misma

marcha y gestión política del Gobierno una dirección más religiosa, más moralizadora y más en armonía con los sentimientos de la generalidad de los españoles y con las necesidades de nuestra moderna sociedad.

Aprovechemos para nosotros las elevadas enseñanzas que la sabiduría Pontificia se ha servido dar recientemente á los católicos de Francia. En el terreno de la defensa de la religión, ha dicho: «dejada aparte toda disensión política, deben unirse los hombres honrados para la lucha, como un sólo hombre, á fin de combatir por todo medio legal y honesto *los progresivos abusos de la legislación.*» Aprovechando la autoridad de San Agustín, cuando en su elocuente razonamiento hacía resaltar la conducta de los cristianos sumisos á la misma autoridad del Emperador Juliano, añade: «nunca pueden aprobarse puntos de legislación que á la religión y á Dios sean contrarios, antes hay que reprobarlos.»

En la importantísima declaración de los Cardenales de Francia, al determinar la actitud que deben observar los católicos en presencia de la realidad allí establecida y de las eventualidades del porvenir, exprésanse en los siguientes términos: «en primer lugar su deber es dar tregüa á los disentimientos políticos, y colocándose resueltamente en el terreno constitucional, proponerse ante todo la defensa de su fe amenazada. Cuando la fe cristiana está en peligro, ha dicho León XIII, todo disentimiento debe cesar, y se debe empren-

der de común acuerdo la defensa de la religión, que *es el bien supremo de la sociedad* y el fin al cual debe referirse todo.»

Y he aquí la interesantísima recapitulación de los deberes católicos, con que los Emmos. Cardenales ponen término á tan precioso documento: «En resumen; los católicos deben respeto á las leyes del país, fuera del caso en que choquen con las exigencias de la conciencia; respeto á los representantes del poder; aceptación franca y leal de las instituciones públicas, pero al mismo tiempo resistencia firme á las intrusiones del poder secular en el dominio espiritual; afecto activo y generoso á las obras que tienen por objeto suministrar á la sociedad cristiana los elementos de su vida propia, especialmente á las obras de enseñanza, apostolado y caridad; en fin, *fidelidad al deber electoral*, cuyo cumplimiento por todas las personas de bien, asegurará una representación social verdaderamente conforme á los deseos del país y capaz de obrar las reformas necesarias para la paz pública.»

Estos deberes, que según los Príncipes de la Iglesia en Francia, se imponen allí á la conciencia y al patriotismo de los católicos, mayormente después de la sapientísima Encíclica última de León XIII, entendemos nosotros que se imponen hoy igualmente *á la conciencia* y *patriotismo* de los católicos de España y de las demás naciones.

Silvio.

Astorga 4 de Abril de 1892.